



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

Revista digital n.º 157

Marzo 2026

Aristóteles: felicidad y virtud
El cuadro *Concordia Fratrum*
Khalil Gibrán, lenguaje mágico
Los zapatos de la bailarina
Raíz de 2, ¿camino a la verdad?
Beethoven y lo sublime
Las *geishas*, el mundo de los sauces

Educación humana e institucional
Jacques-Marie Émile Lacan
El agua, un bien imprescindible
Megalitos de Carnac
El crecimiento y el dolor
Elegancia y ética según Ortega

SUMARIO

4 ARISTÓTELES, felicidad y virtud



8 *Concordia Fratrum*



10 KHALIL GIBRÁN

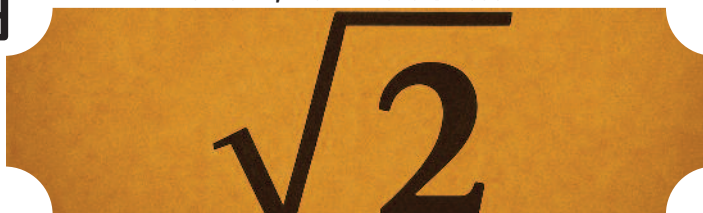


16 Los zapatos de la BAILARINA



19

Raíz de 2, ¿camino a la verdad?



21 BEETHOVEN



26 Las geishas



Revista digital n.º 157 Marzo 2026

www.revistaesfinge.com

ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.ª Dolores F.-Fígares, subdirectora

Fátima Gordillo, coordinadora

Miguel Ángel Padilla, mesa editorial

Juan Carlos del Río, webmaster

Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos

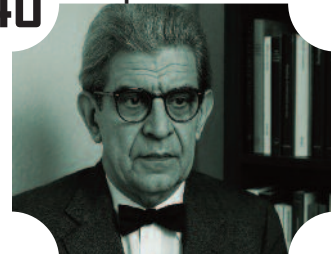
Esmeralda Merino, estilo y corrección

Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

34 EDUCACIÓN



40 Jacques-Marie LACAN



48 EL AGUA



54 MEGALITOS de Carnac



Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

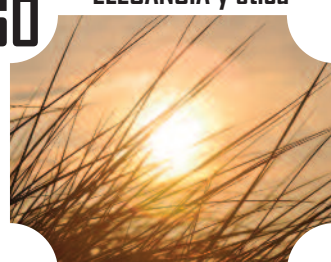
La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.

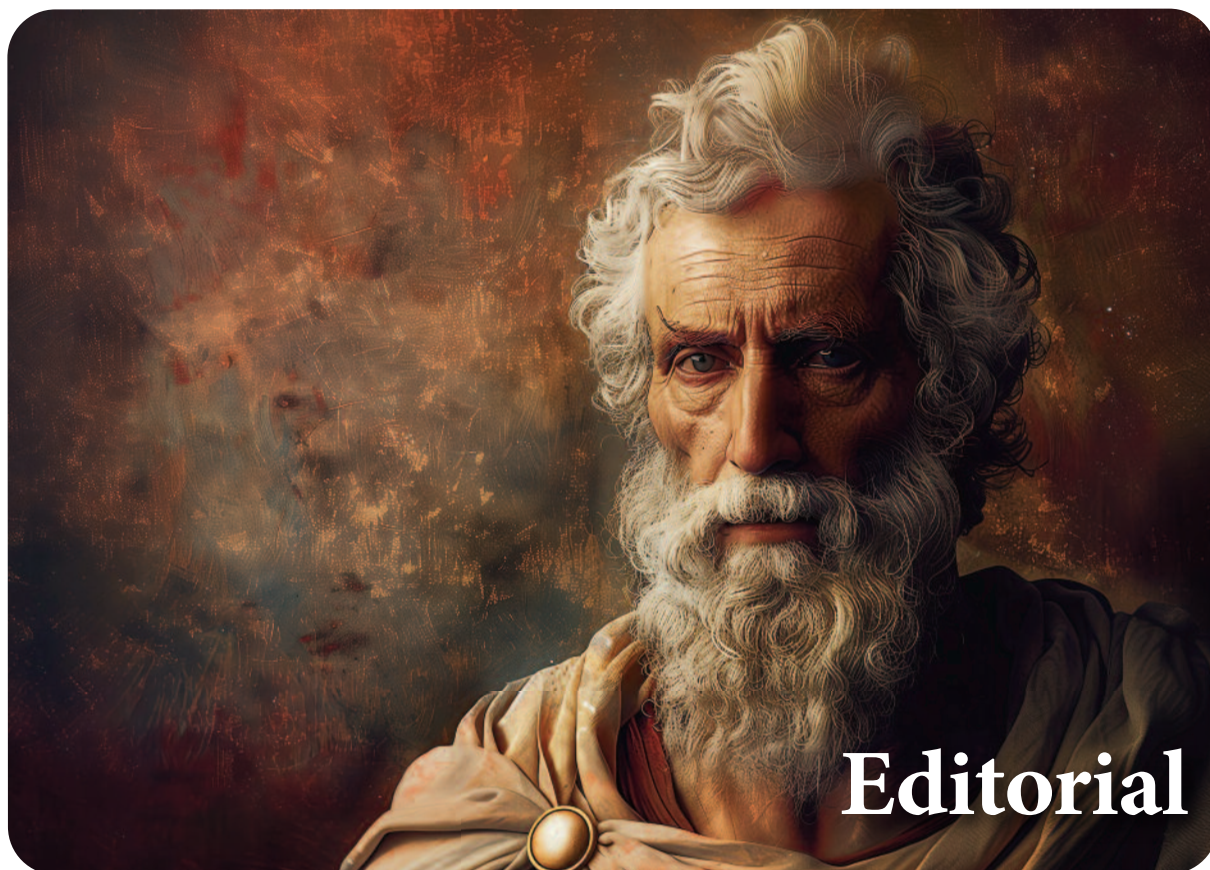


57 El crecimiento y el dolor



60 ELEGANCIA y ética





Siguiendo a los clásicos

Con frecuencia, sentimos la necesidad de saber cómo podemos mejorar nuestra vida, encontrando un camino que nos vaya llevando hacia las verdades que siempre han iluminado a los seres humanos.

Javier Saura, uno de nuestros colaboradores, nos ofrece una interesante propuesta en este número de Esfinge, recurriendo a Platón y Aristóteles, sin duda los sabios filósofos que mejor supieron explicar con sencillez lo que necesitamos tener en cuenta para ser mejores y felices.

El recorrido parte una vez que hemos reconocido que vivimos en la ignorancia, que necesitamos conocer ciertas prácticas que llaman virtudes: en primer lugar, la fortaleza y después la templanza o dominio de las pasiones y, a continuación, la prudencia y la justicia, que nos enseñan cómo debemos comportarnos en la vida.

Es bueno que recordemos que estas indicaciones de los filósofos sobre las virtudes nos llevan a la felicidad y disfrutar de los buenos amigos que vamos reconociendo a lo largo de la vida.

El Equipo de Esfinge

A detailed marble bust of the philosopher Aristotle, showing him with a full, curly beard and hair, and a serious expression. The bust is set against a dark, rounded rectangular background.

ARISTÓTELES: amistad, felicidad y virtud

Fco. Javier Saura Vilchez

Finalidad de este artículo

El filósofo chino Mencio, o Meng Tsé, cuenta que en una ocasión su maestro Confucio recibió al primer ministro de uno de los diferentes reinos, quien le hizo la siguiente consulta al maestro: ¿qué podía hacer su príncipe para que su reino fuera próspero, justo y respetado? (En aquella época, China estaba dividida en varios reinos que se disputaban el poder con guerras e intrigas).

Confucio le respondió que había que «recuperar el valor de las palabras».

Ante el asombro e incompreensión de los presentes, el maestro lo aclaró: «que el juez sea juez, que el médico sea médico, que el artesano sea artesano, que el padre sea padre...».

Necesitamos recuperar el valor de las palabras.

Hoy vivimos también momentos de gran confusión, en los que se ha perdido el valor de la palabra y, en consecuencia, el de las ideas que encierran, empobreciéndonos a todos y haciéndonos más fáciles de manipular. Y entre estas palabras que se emplean de una forma vacía están la amistad, la felicidad y la virtud, que para Aristóteles son fundamentales para una vida plena, individual y colectivamente.

La «naturaleza propia del ser humano»: importancia de la mente

Siguiendo la tradición de los grandes filósofos que le precedieron, Aristóteles concibe al hombre como un ser compuesto, donde lo más importante —lo que los griegos llaman «la naturaleza propia del hombre»— es su mente, su intelecto.

Para él, este compuesto lo forman dos grandes fuerzas: el cuerpo físico y el alma. Y el alma, a su vez, está formada por la vida vegetativa —en común con las plantas—, la vida sensitiva —en común con los animales— y la razón o intelecto, propia del ser humano y que tiene dos niveles: el inferior es la razón normal, «que es pensada» —es subjetiva porque se deja influenciar por las cosas externas a uno mismo: opiniones, modas, estados emocionales, etc.— y, por tanto, está muy unida al deseo, ya sea por interés material o de honores, o por placer (esta característica es fundamental para Aristóteles a la hora de catalogar los diferentes tipos de amistad); y hay un nivel superior al que llama la recta razón o razón superior, «que piensa por sí misma» —es objetiva, ve las cosas tal como son y no como nos gustaría o nos parece, y percibe la unidad, a Dios, en todo— y es propia del hombre bueno, feliz o «completo». La recta razón nos acerca a Dios, que es concebido como Mente Suprema y es llamado *noûs* o «principios indemostrables» porque escapan a nuestra mente.

La vida humana no es vegetar, sino vivir con conciencia: «Darnos cuenta de que existimos, de que vivimos, es cuando percibimos que sentimos, que pensamos y qué estamos pensando».

El bien supremo y la felicidad

Todas las personas buscan el bien, o lo que les parece bueno. «Todo conocimiento y toda acción que realiza el hombre tiene por finalidad el bien (beneficiarse), y no hay nadie que tenga por objeto el mal (perjudicarse)».

Hay tres tipos de bienes:

Bienes del cuerpo: la salud y la belleza.

Bienes del alma. «Los bienes más superiores son los del alma, que son de tres clases: pensamiento, virtud y placer».

Bienes externos: la riqueza, el poder, los honores, etc.

Para Aristóteles, el bien supremo es la felicidad o vida virtuosa, que es un bien del alma: «La felicidad consiste en vivir conforme a la virtud». «Este estado de felicidad superior solo puede vivirlo un hombre completo y durante toda su vida». «Llamo *completo* a aquello que una vez adquirido no nos deja desear otra cosa; e *incompleto* cuando después de obtenido advertimos la necesidad de alguna otra cosa».

La felicidad consiste en vivir conforme a la virtud.

Felicidad y bien supremo son lo mismo en el ser humano: es un estado elevado del alma —de nuestro ser interior— donde el alma permanece siempre en serenidad y equilibrio, de paz y lucidez, en medio de la tormenta del mundo; nada la agita ni la aparta de su centro ni la desvía de sus convicciones. Es estable y duradera porque la naturaleza humana está en sintonía con la Ley Natural.

Cómo alcanzar la felicidad

Hay tantos tipos de felicidad como personas, ya que cada cual considera como bueno lo que le gusta o le interesa, y pocos son los que consideran bueno el comportarse según

las virtudes. Porque, como dice el maestro jonio, «dejarse llevar por los deseos cuesta poco, pero ser virtuoso requiere un gran esfuerzo».

Hay tantos tipos de felicidad como personas.

La verdadera felicidad solo se puede lograr a través de las virtudes o acciones dirigidas por la recta razón. Y hay dos tipos de virtudes: las morales y las intelectuales. Las morales se adquieren por la práctica, y las intelectuales a través del estudio y de la reflexión sobre el alcance de nuestros actos. Las primeras nos dan experiencia; las otras, sabiduría, siendo estas las propias del filósofo según Aristóteles.

Primero hay que practicar las virtudes morales: la moral es cuestión de práctica. «El bien propio del hombre es la actividad del alma dirigida por la virtud. Y si hay muchas virtudes, dirigida por la más alta y perfecta de todas». Las virtudes morales son las perfecciones del alma a través de perfeccionar la voluntad y el carácter.

Una vez tengamos la *fuerza moral* en nosotros, el siguiente paso es empezar a practicar las virtudes intelectuales para ser hombres y mujeres «buenos», lo que es decir bondadosos, honrados y con criterio —que es lo contrario de la opinión, pues se basa en el conocimiento superficial—.

Las grandes virtudes de Platón y su relación con las de Aristóteles

Dice Diógenes Laercio, refiriéndose a las enseñanzas de Platón:

«De la virtud perfecta hay cuatro divisiones: una es la prudencia, otra la justicia, otra el valor y otra la templanza. De ellas, la prudencia es la causa del obrar rectamente en las acciones. La justicia, del actuar justamente en las sociedades y en los pactos. El valor, del lograr en los peligros y en los espantos no escapar, sino resistir firmes. La templanza, del dominar las pasiones y no esclavizarse a ningún placer, sino vivir ordenadamente».

A continuación, y de manera libre, voy a relacionar las virtudes platónicas con las dos grandes virtudes aristotélicas, a fin de mostrar de forma más clara el proceso de dominio del carácter y de comprensión o expansión de conciencia que plantea Aristóteles.

Antes hay un paso previo que no se dice porque se presupone que se ha comprendido: darse cuenta de que vivimos en la ignorancia... ¡y queremos salir de ella! Hay un inconformismo vital con el comportamiento de la mayoría de la gente, que, como ya se dijo, prefieren la comodidad del deseo al esfuerzo de la virtud. Es el famoso «sólo sé que no sé nada» socrático.

El fin de la virtud es ser felices para ser buenos amigos y buenos ciudadanos.

Primer paso: practicar las virtudes morales. A través de la fortaleza primero y después por la templanza. La fortaleza nos da fuerza de voluntad para no abandonar el camino emprendido, y con esta voluntad buscaremos el dominio de las pasiones a través de la templanza. Lo que se busca es tener un carácter estable, sin grandes altibajos, para tener una vida moral cada vez más sólida. Una vez tengamos esta base, pasaremos al paso siguiente y último.

Segundo paso: practicar las virtudes intelectuales. Primero a través de la prudencia, como dice el propio Aristóteles, y luego por la justicia. La prudencia no es

contemplación sino reflexión profunda y activa: nos indica cómo actuar en cada caso, previendo las consecuencias que se pueden producir; es un «saber actuar» en cada ocasión. Y como la justicia —que es dar a cada cual lo que le corresponde según su naturaleza (Platón)— lo que busca es el bien común; por eso la justicia —con su expresión, la política— es la más superior de todas las ciencias, porque se refiere a todos los integrantes del Estado. Lo que se busca es que haya buenos ciudadanos.

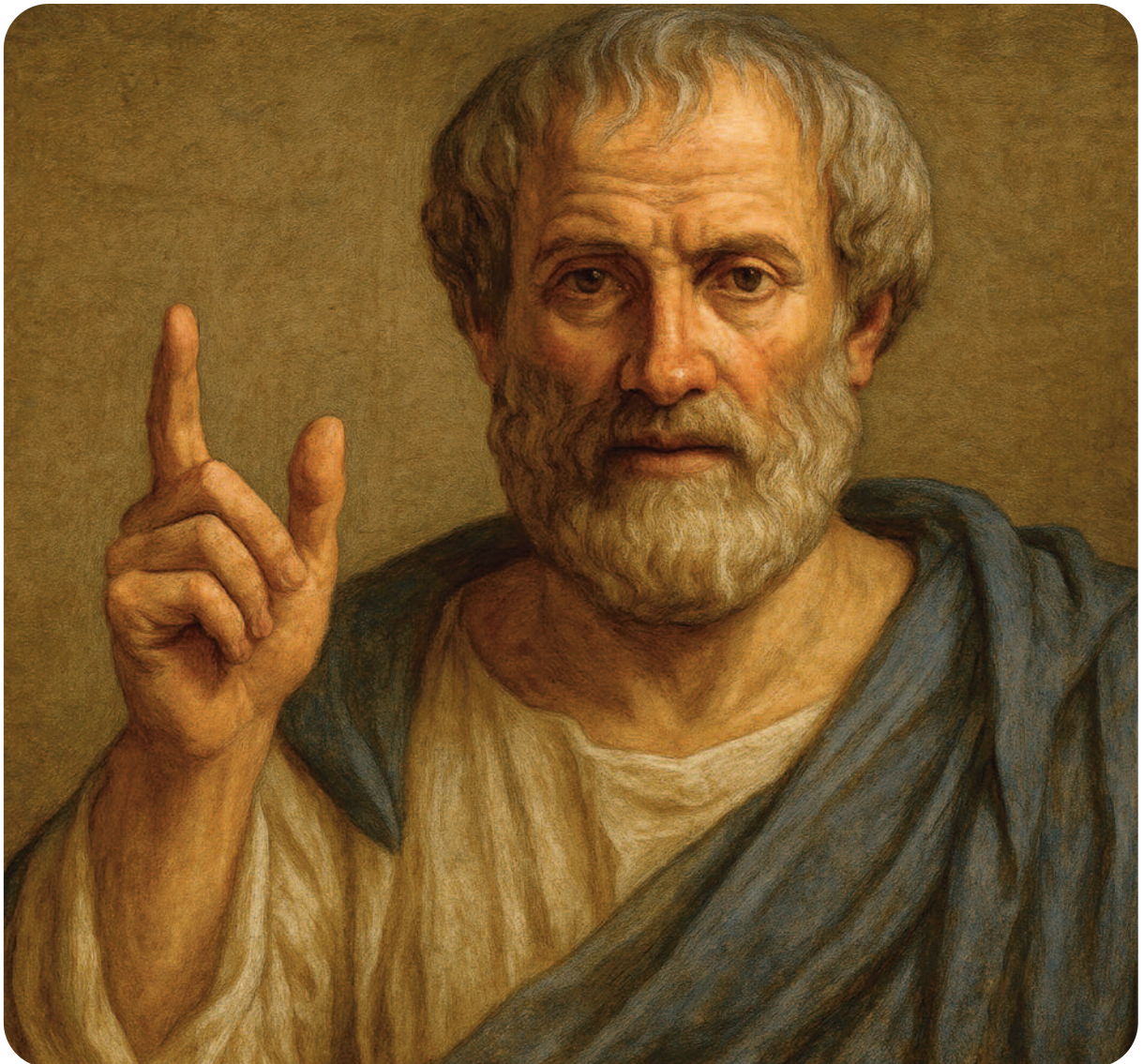
En ambos casos, la virtud nos ha de llevar, primero a ser buena gente, y a continuación, a ser buenos amigos y buenos ciudadanos. Para Aristóteles el gobernante ideal es el hombre bueno, como se explicará más adelante.

Bibliografía

Aristóteles. *Ética Nicomáquea*. Biblioteca Básica Gredos. Madrid 2000. Traducción y notas T. Martínez Manzano.

Aristóteles. *Gran moral y Moral a Eudemo*. Espasa-Calpe S.A. Madrid, 1942. Traducción Patricio de Azcárate.

Diógenes Laercio. *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres: Platón*. Alianza Editorial. Madrid 2007.



El marqués de Pombal y el cuadro *CONCORDIA FRATRUM*

José Carlos Fernández

Qué bellos y qué serenos, qué clásicos los jardines del palacio del marqués de Pombal, con la geometría y la elegancia de los jardines de Versalles. Qué paz irradia la llamada «cascada de los poetas», con una gruta artificial en torno a la estatua del río Tajo, bañada, como si fuera una libación, por sus mismas aguas.

Cuántos recuerdos del primer conde de Oeiras —y luego, marqués de Pombal— en su residencia junto a Lisboa. Y, aunque no hay constatación de lo mismo, es muy fácil deducir que este genio político y organizativo que rigió los destinos de Portugal durante veintisiete años, al servicio del rey José I en pleno periodo de despotismo ilustrado, conoció los ideales de la masonería y quizás también sus enseñanzas mistericas.

Gobernar, gobernó con mano firme y serena en su periodo más crítico, con el terremoto de 1755 y a punto de morir el país luso de exhausto en su economía, educación, agricultura, industria, legislación, etc., por la inercia generada por los ríos de oro que llegaban de las colonias, y por la telaraña espiritual de los jesuitas, que de ser innovadores y de mente abierta (en los tiempos de la escuela de La Flèche, donde aprendió Descartes, por ejemplo, un siglo y medio antes), se convirtieron en un cáncer para los diferentes Estados de Europa, y enemigos de toda forma de librepensamiento.

Pero queremos hoy detenernos en un detalle geométrico en uno de los cuadros que presiden, desde el techo, una de sus estancias.

Vemos al marqués de Pombal —en medio— y sus dos hermanos abrazándose de manera extraña, mientras un numen celestial, sobre una nube, porta una antorcha y las fasces del buen gobierno. Un letrado, en un papel medio desenrollado, da el tema y el título a dicho cuadro: *CONCORDIA FRATRUM*, concordia entre hermanos.

Quienes acompañan al marqués de Pombal (nos referimos, claro está, a Sebastián José de Carvalho y Melo) son sus hermanos, Francisco Javier Mendonza, capitán general del ejército, y Paulo Antonio de Carvalho y Mendonza, nombrado cardenal inquisidor, cargo que nunca llegaría a ejercer, pues murió antes de recibir noticia de dicho nombramiento. Los tres, que venían de uno de los ramos de la nobleza menor, van a ocupar los cargos más importantes del poder en los diferentes ámbitos: el político, el religioso y el militar.

Nos llama la atención lo sorprendente del abrazo, que conforma un símbolo del infinito, en un entrelazamiento sin fin propio del estado de la concordia. El extraño gesto, asimismo, en que se entrelazan las manos ha llevado a algunos estudiosos a preguntarse si no será también un signo de reconocimiento masónico o de alguna orden secreta. También, al ser sendos representantes de los tres poderes que gobiernan una sociedad, hacen pensar que no es solo la concordia entre ellos como personas, sino de la función que representan y que permiten, en este caso, la concordia de un Estado.

Más interesante quizás es aún el ángulo que forman el cetro-antorcha y el haz de varas (fascas) que sostiene el dios o ángel, trayendo estos símbolos mágicos del cielo a la tierra. El uno es la filosofía, el conocimiento, la luz que permite ver hacia dónde y cómo avanzar. El haz representa la recta política o recto gobierno, e incluso la justicia o la legislación, que ata sanamente las voluntades para no perder el sentido de unidad y fortalecerse en la unión ante los embates de las aguas de disolución a que está expuesto todo lo que vive, y más aún, si se separa y se desintegra. Es el «unámonos para resistir», lógico además en quienes participan de un mismo Ideal, con mayúsculas, o sea, no por interés egoísta recíproco, sino por identidad de naturaleza y comunión espiritual.

En este caso, el ángulo, que determina —como decían Platón y Schwaller de Lubicz— una esencia, una naturaleza pura (un neter o dios, figurado por un hacha de oro de un filo único) es el de 60 grados, o sea, el propio de un triángulo equilátero, que está implícito, y cuya base oculta se hallaría en el cielo mientras que proyecta su foco creador en dirección a la tierra.

Este triángulo equilátero, en que lados y ángulos son iguales, es también de interés en la masonería, tan cara a los simbolismos geométricos. Es símbolo de perfección, armonía y sabiduría. Con un ojo en su interior, se convierte en la faz llameante de Dios, la expresión armónica de la unidad que traspasa todo lo que existe. Y también es asociado con el Espacio, el Tiempo y el Número. Los tres iguales, interdependientes y armoniosos, y que inspirarían después el ternario de valores libertad-igualdad-fraternidad (imagino que muy lejos aún del pensamiento del marqués de Pombal), son, evidentemente, un perfecto símbolo para la concordia, esa armonía llevada al máximo en el «corazón con corazón», que es el sentido profundo de esa concordia.

Fue, sin duda, ese sentido de concordia, unido a una fortaleza y determinación inflexibles y una clara visión de los acontecimientos y del futuro, lo que permitió que esta figura, el marqués de Pombal salvase a Portugal de una crisis tan grave que nos atrevemos a llamarla *punto de muerte* de la nación, haciéndola renacer, casi, de sus cenizas, como en el ave mítica del fénix.



KHALIL GIBRÁN, un lenguaje mágico para descubrir el cielo

Esmeralda Merino

«Mis palabras no son más que
tus propios pensamientos hechos sonidos,
y mis obras son tus propias esperanzas concretadas en actos».
El loco (Khalil Gibran).

Preludio

«Después de siete días [de mi nacimiento] un profeta, después de mirarme, le dijo a mi madre: “¡Tu hijo será un estadista y un gran político que arrastrará multitudes!”. Y yo le respondí indignado: “¡Mentira! Es una profecía falsa, yo no quiero ser más que músico”. Pero tampoco esta vez, con gran asombro mío, fue comprendido mi idioma» (*El loco*).

Sí, Khalil Gibrán fue un músico del lenguaje, con sus ritmos y modulaciones, capaces de remover el recóndito lugar donde duermen nuestros mejores anhelos. La melodía de su palabra resuena para siempre en su obra y, una vez más, oímos su voz con ecos renovados. Sus hermosas metáforas y sus magníficas comparaciones nos elevan del suelo aun en contra de nuestra voluntad. Hay en su pluma un elemento mágico que obra el grato prodigio de cambiar la dirección en que miran nuestros ojos. Por un momento, una barrera invisible nos aleja del mundo y sus ruidos, y nos giramos para enfocar un tesoro reluciente que yace escondido en nuestro interior y que pugna por captar nuestra atención con sus destellos. Por un instante conseguimos verlo, secuestrados por las palabras de este filósofo cantor que, dulcemente, casi de puntillas,

nos dirige con fuerza hasta lugares desconocidos y cálidos, tan llenos de riqueza que no deseamos abandonarlos hasta que el hechizo se rompe y, con la última línea de nuestra lectura, regresamos otra vez al exterior.

Khalil Gibrán —como él firmaba en inglés— es el escritor de cultura árabe más famoso de los tiempos modernos. Sus obras han sido traducidas a más de veinte idiomas.

Un día el ojo dijo: «Veo a lo lejos, más allá de este valle, una hermosa montaña, velada por una niebla azulada. ¿No es verdad que es maravillosa?».

El oído lo oyó y, después de un rato de escuchar con atención, añadió: «¿Dónde está esa montaña? No la oigo».

Y entonces habló la mano: «Trato inútilmente de tocar o sentir la montaña, pero no encuentro nada».

Y habló la nariz: «No existe ninguna montaña, pues no puedo olerla».

El ojo miró hacia otro lado, y los demás comenzaron a murmurar de la rara alucinación del ojo. Y se decían entre sí: «Algo funciona mal en ese ojo» (*El loco*).

Su patria

Líbano es un país lleno de historia, donde se funden linajes étnicos procedentes de los antiguos fenicios, hebreos, filisteos, asirios y árabes. Es una tierra hoy oscurecida, como tantas otras, por la acción ignorante del hombre, que ha provocado la deforestación y el deterioro de los espacios por cuestiones económicas y conflictos religiosos. Pero movamos unos minutos el gran reloj de la historia y encontraremos la cuna de Khalil Gibrán en este pequeño país, famoso desde la Antigüedad por sus bosques sagrados de milenarios cedros.

El norte de la región tiene una belleza especial. Las elevadas montañas, vestidas permanentemente de nieve, alternan con floridos valles en un paisaje singular, y la ciudad de Bisharri se alza como guardiana de la floresta sagrada en una de las cumbres más altas. En este lugar llegó al mundo Khalil Gibrán un día de invierno de 1883. Nunca decayó en él el amor que sentía por su tierra y a él alude en numerosas ocasiones.

Era como un secreto de la Tierra revelado al cielo. Los naranjos y los manzanos, que parecían huríes o novias enviadas por la naturaleza para inspirar a los poetas y despertar la imaginación, llevaban blancos vestidos de perfumados capullos. (...) La primavera es hermosa en todas partes, pero es más hermosa en el Líbano. Es un espíritu que vaga por toda la Tierra, pero en el Líbano hace su morada, conversando con reyes y profetas, cantando con los ríos los Cantares de Salomón, y repitiendo con los sagrados cedros los recuerdos de las antiguas glorias (*Alas rotas*).

Sus primeros pasos

Vecinos míos, vosotros recordáis con placer la aurora de vuestra juventud, y lamentáis que haya pasado; pero yo recuerdo la mía como un prisionero recuerda los barrotes y los grilletes de su cárcel (*Alas rotas*).

Nació en el seno de una familia modesta, en la que destacaba una madre cariñosa, cuyo afecto guardó siempre, que alimentaba su fantasía leyéndole relatos de héroes

árabes. El trabajo de su padre consistía en cuidar las ovejas de un rico ganadero. Apenas sabemos nada de su infancia, salvo que era sensible, tranquilo y aficionado al dibujo.

Fue un niño que buscaba la soledad y pasaba horas dedicado a la lectura y a la meditación. Admiraba las pinturas de Leonardo da Vinci y amaba la música. Se embelesaba contemplando la naturaleza, fuera en el fragor de una tormenta o en la calma de una mañana soleada.

El deterioro de la situación económica del Líbano a comienzos del siglo XX por causa de la ocupación turca provocó una gran corriente migratoria de libaneses hacia el continente americano. En 1895, cumplidos ya los doce años, Gibrán emigra a Estados Unidos con sus tres hermanos y su madre. Poco después regresaba a Beirut para estudiar en la Dar-al-Hjikma, donde aprendió árabe y francés y realizó estudios de medicina, derecho internacional, historia de las religiones y música.

En 1901 volvió a Washington pasando por Europa. Visita Grecia, España y Francia, y al año siguiente disfruta de nuevo de la belleza de su patria y recorre los lugares históricos de Líbano y Siria.

Por esas fechas escribió *Espíritus rebeldes*, libro que fue quemado en la plaza de Beirut al poco tiempo de publicarse a causa del dogmatismo religioso imperante, que lo consideró «peligroso y nocivo para la juventud». Nunca escatimó Gibrán sus denuncias contra los abusos y la radicalización de los jefes religiosos, ya fueran obispos cristianos, imanes mahometanos o sacerdotes brahmanes.

La sociedad humana se ha plegado durante setenta siglos a leyes corrompidas, hasta el punto de no poder entender el significado de las leyes superiores y eternas (*Alas rotas*).

¿Estás preocupado por los numerosos credos que profesa la humanidad? ¿Estás extraviado en el valle de las creencias contrarias? Si estás en este caso, haz de la Belleza tu religión y adórala como si fuese tu diosa porque es la obra visible, manifiesta y perfecta de las manos de Dios. Aléjate de los que han jugado con lo divino como si fuese una farsa y se han asociado con la codicia y el orgullo (*La voz del maestro*).

Su periplo

Mirad, es la isla que me vio nacer. Desde allí me lancé al mundo con una canción y un acertijo; una canción para los cielos y una pregunta para la tierra (*El jardín del profeta*).

Entre 1902 y 1903 mueren su madre y sus hermanos Pedro y Sultana, provocando en él una profunda tristeza. La enfermedad que les atacó había motivado su regreso a Estados Unidos, sin saber que nunca más volvería a pisar suelo libanés; allí se quedó a vivir con su hermana Mariana.

A la sombra de los rascacielos americanos –indignos sustitutos de los milenarios cedros de su Líbano natal–, comienza a escribir artículos, simultaneando esta actividad con su faceta de pintor. En estos años entabla relación con personajes de su momento como el escultor Rodin o el músico Debussy.

En 1912 comienza su correspondencia con Mary Ziyadeh, escritora árabe famosa en los ambientes cultos de la época y pionera de actividades vedadas a la mujer en aquel



ambiente estrecho. Esta correspondencia se mantuvo durante veinte años hasta la muerte de Gibrán.

Su decidida actitud contra la injusticia no se reduce al aspecto religioso, sino que denuncia costumbres sociales que considera inaceptables. Por ello, muchas veces encontramos en sus libros referencias a la infravaloración de la mujer oriental.

Las mujeres orientales no abandonan el hogar de sus padres hasta que les echan al cuello el pesado yugo del esposo, y no salen de los amantes brazos de sus madres hasta que van a vivir en calidad de esclavas a otro hogar, donde tienen que soportar los malos tratos de la suegra. (...) El matrimonio, en estos días, es una farsa (...). La mujer se considera como un bien de consumo, se persigue y pasa de una casa a otra, como algo que se compra (*Alas rotas*).

También desenmascara a los que se disfrazan de políticos, filósofos o artistas sin serlo, y los considera necrófagos que no contribuyen al bien común.

¿Eres un periodista que vende sus principios en los mercados de esclavos y se realiza en la calumnia, en la desventura de la gente y en el crimen? (...) ¿O eres un maestro que se asoma al escenario de la historia e, inspirado en las glorias del pasado, predica a la humanidad y obra de conformidad con lo que predica? Si es así, constituyes un remedio para la humanidad doliente y un bálsamo para los corazones que sufren (*La voz del maestro*).

Su palabra

...porque el alma es nuestra casa; nuestros ojos, sus ventanas; y nuestras palabras, sus mensajeros (*La voz del maestro*).



Su obra destila claves para un mejor vivir, como los consejos que da el navegante experimentado a su grumete novel al iniciar una travesía por una ruta ya conocida. No hay que hacer mucho esfuerzo para oír el mensaje. Aunque dicho en voz baja, penetra delicadamente en el corazón y en la mente como la fina llovizna de primavera que empapa la tierra con suavidad hasta llegar a la semilla enterrada en terreno fértil. La semilla vive en un mundo oscuro y frío, inerte e ignorante de que es portadora de una vida magnífica que se despierta y transforma al contacto con el agua.

Khalil Gibrán sentía una necesidad imperiosa de exteriorizar sus certezas –como él escribió–, de que la voz de la vida hablara a través de él.

Venid y recibid de la abundancia de mi corazón y aliviadme la carga. Mi alma se abate bajo el peso del oro y de la plata. Venid, buscadores de tesoros ocultos, llenad vuestras bolsas y aligerad mi peso (*La voz del maestro*).

Se reafirma en la presencia de vida en todo lo manifestado, grande o pequeño, se mueva a nuestros ojos o nos parezca inerte.

¿Por qué dices: «¡oh, cosa muerta!» (...)? El ritmo de la piedra acaso sea otro ritmo, pero yo te digo que si sondeas las profundidades de tu alma y mides las alturas del espacio, no oirás más que una melodía, y que en esa melodía la piedra y la estrella cantan, una con otra, al unísono perfecto (*El jardín del profeta*).

También recuerda que aunque el camino no sea fácil es mejor recorrerlo con convencimiento que abandonarse a la inacción.

Seamos dos fuertes torres ante la tempestad. Enfrentémonos al enemigo como valerosos soldados, y opongámosle nuestras almas. Si resultamos muertos en la batalla, moriremos como mártires; si vencemos, viviremos como héroes. Retar a los obstáculos y a las dificultades es más noble que retirarse a la tranquilidad (*Alas rotas*).

Su legado

...y había una batalla en su silencio (*El jardín del profeta*).

Gibrán nunca fue fuerte físicamente. Su gigantismo se debe al esfuerzo sobrehumano de su voluntad, empeñada en una actividad casi compulsiva por su afán de servir de instrumento de unión entre pueblos de distintas culturas y entre el hombre y su condición espiritual.

Sintió la mano de la nostalgia en los últimos años de su vida. Deseaba regresar a su tierra natal, pero al mismo tiempo prefería permanecer en América porque —según se desprende de sus cartas— allí tenía mayor capacidad de acción.

Cada vez que cierro los ojos veo aquellos valles, llenos de magia y dignidad, cuyas montañas, cubiertas de gloria y grandeza, trataban de alcanzar el cielo. Cada vez que cierro mis oídos al clamor de la ciudad, oigo el murmullo de aquellos riachuelos y el crujido de aquellas ramas (*Alas rotas*).

Las banderas libanesa y norteamericana arroparon el féretro que trasladó sus restos a Beirut. Corría el año 1931. Su cuerpo fue enterrado, pero su voz siguió flotando en el viento —al que él tanto cantó— y llega hoy hasta nosotros como la suave brisa que nos reconforta bajo el plomizo calor.



LOS ZAPATOS DE LA BAILARINA: el plomo que se convierte en oro



Alejandra Arias

Cuando contemplamos el fluir aéreo de una bailarina de *ballet* es difícil no pensar en un hada. La suavidad de sus movimientos y la sutileza pastel de su vestido, para nada nos recuerda las horas de incansable disciplina o la tenacidad con que ha educado y esculpido sus músculos. Mucho menos somos conscientes de la fuerza que es capaz de sostener sobre las puntas de sus pies, especialmente sobre su dedo más largo, que suele ser el dedo gordo.

Cuando una bailarina de unos 60 kg aterriza después de un salto, digamos de un metro de altura, la recepción en punta asegura una fuerza de entre 3000 a 6000 newtons (según como frene su movimiento). El equivalente, durante heroicos milisegundos, es el mismo que si ella hubiera tocado el suelo de puntillas cargando cinco adultos de 100 kg cada uno. El eje de su espalda ayuda a repartir el impacto, de manera que la verticalidad de bambú nos asegura, por un lado, la elegancia del movimiento y, por otro lado, la salud de la artista.

Pero esta bailarina guarda un secreto más. La contradicción de los opuestos se conjuga en ella de una forma aún más insospechada cuando descubrimos que gran parte del secreto de la belleza de su vuelo está en contacto con el suelo. La punta de su zapatilla está revestida de una combinación de materiales que le otorgan una dureza y fuerza especiales. La «caja» es un cofrecillo que guardará como un tesoro los deditos de la bailarina. Aquí, de nuevo es la verticalidad la clave, y la articulación del tobillo queda bloqueada cuando ella se pone de puntillas. El refuerzo del arco plantar y las cintas que anudan su pantorrilla rematan el conjunto que convierte sus piernas en dos pilares de estabilidad.

Esta historia de amor entre el arte y la ciencia se remonta a mediados del siglo XIX, en París, cuando una bailarina representó *La sifide* con unas zapatillas especiales creadas

por ella y por su padre, el hombre que le enseñó a bailar. Filippo y Marie Taglioni modificaron unos zapatos de baile poniéndoles refuerzos en las puntas. Este diseño no solo le permitió a Marie hacer movimientos sutiles, elegantes, abiertos y armoniosos, sino que le abrió el mundo del conocimiento y dominio que tenía de sí misma. Ahora con la punta, el equilibrio del propio cuerpo depende de un área mínima y obliga al bailarín a hacer microajustes. La caja no solo entregó belleza al mundo del *ballet*, sino que acercó a los bailarines a su propia verdad.

Una curiosidad bonita sobre esta caja es que hoy en día está formada casi siempre por capas de papel, cartón, pegamento y tela. Los zapatos profesionales son caros y exclusivos (los fabricantes tienen cada uno su propio estilo y su propia firma). Los intentos caseros de alargar la vida de las zapatillas con *superglue* y con plástico no funcionan porque no solamente es necesario que estas sean resistentes, sino que deben ser flexibles. El conglomerado de capas de cartón, cuero, arpillera y pegamento tiene casi propiedades vivas: está formado por fibras como los tejidos orgánicos (fascias y músculos, pero también los huesos y los cuernos). Responde de modo diferente según la velocidad y el esfuerzo, cambia con la humedad y la temperatura; bajo presión lenta cede y se amolda, pero un golpe repentino activa su rigidez (recordemos que absorberá parte del impacto de las caídas). Cuando hablamos de fluidos, esta propiedad se llama *tixotropía*, lo cual nos recuerda que hay maneras de tratar los materiales que generan en ellos respuestas inesperadas (no es lo mismo un masaje enérgico que uno relajante, tampoco es lo mismo cuando pedimos las cosas «por favor»). La caja no solo puede desgastarse y deformarse, sino que «avisa» antes de fallar, pues se degrada de poco a poco, como si envejeciera.

La doctora Selina Shah, especialista en medicina deportiva e interna, quien enriquece su experiencia con los más de treinta años en los que ha sido ella misma bailarina y deportista, enumera entre las características que pueden hacer sospechar a un maestro que su joven bailarín está listo para las puntas, además de las obvias cualidades físicas y técnicas, el equilibrio, la madurez mental y la capacidad de aprender y escuchar. Todos, atributos de una persona en camino a la propia transformación. No en vano la palabra *discípulo* remite a la disciplina y a una capacidad de tomar que depende siempre (¡cómo no!) del propio aprendiz.

Los antiguos chinos tienen una imagen que resume el universo:

- a. El cielo (天), arriba, lo elevado, la perseverancia.
- b. La tierra (土) abajo, la obediencia.

En esta pareja, lo horizontal acepta ser guiado hacia arriba. Esa obediencia, que es entrega, es lo que permite que la tierra se acerque, primero, a su propio centro —tal como el bailarín debe conocer y manejar su centro de gravedad—. Y, en segundo lugar, que se acerque al Misterio. Lo superior desciende sobre lo inferior y le recuerda el camino de regreso a casa, porque es solo de esa manera —recordando— como la tierra puede elevarse. La tierra elevada encuentra la máxima fuerza y estabilidad, tal como la pirámide natural que representa la montaña.

Esta idea se asocia a la mística, pues sin duda es magia y misterio ese contacto. Lo contradictorio, lejos de ser irreconciliable, se ha encontrado. Se ha unido.

c. Por eso, en el medio, existe el orden (礼) o el rito, la ceremonia. Que es también la armonía y el equilibrio con que logramos unir el uno con la otra. Entre el cielo y la tierra está la vida. Y la vida es, sin duda, sagrada. El ejercicio de esa magia.

La bailarina nos recuerda que la disciplina, el arte y la belleza son también elementos de un ritual cotidiano que nos permite elevarnos de la brutalidad, de la rudeza, de la horizontalidad. Esta artista nos recuerda que para conjugar los opuestos se necesita una tensión especial, pero esta no tiene por qué ser evidente. También es dignidad llevar una carga sin que se note.

Con la misma elegancia de un rayo de sol, que ni aun en el suelo deja de brillar, ella nos recuerda que se puede uno sobreponer a las caídas, que el dolor y el llanto se transmutan también en triunfo y en aplauso. Que se puede superar todo peso. Nos recuerda, como decía Platón, que el alma humana también tiene alas.

Eleva el peso de su cuerpo y lo convierte en escultura y en música. El público se queda sin aliento, porque sabe que presencia un milagro: estamos viendo volar al plomo. Hemos tocado con ella, gracias a ella, también nosotros el cielo y esto, sin duda, es un rito y una ceremonia.

Bibliografía

(1)<https://www.fisicalab.com/ejercicio/891#:~:text=Aunque%20parezca%20incre%C3%ADble%2C%20una%20bailarina,un%20coche%20de%201000%20kg.>

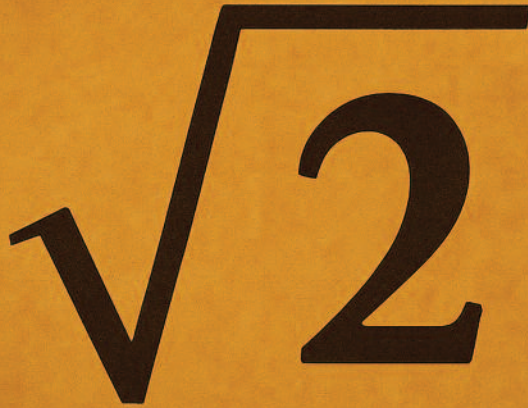
(2)<https://balletomanos.com/2011/08/29/biomecanicadanza/#:~:text=Simplemente%20caminar%20en%20los%20zapatos,pero%20no%20ha%20sido%20estudiada.>

(3)<https://elpiedesnudo.wordpress.com/2013/11/10/en-puntas-1/>

(4) *I-Ching. Libro de las Mutaciones*, Editora y Distribuidora Hispanoamérica S.A, España. 2002.



RAÍZ DE 2, ¿el camino a la verdad?

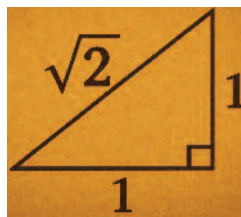


José Carlos Fernández

Podemos ironizar con este título, recordando el misterio que para los antiguos matemáticos griegos supuso este universo y cómo los pitagóricos valoraron su naturaleza irracional, hasta el punto de que se dice —lo que es absolutamente falso, un rumor desafortunado— que habrían asesinado a su descubridor.

Irracional, ¿por qué? Porque *raíz de 2* no puede ser sometido a la razón, o sea, a la proporción. No hay dos números (enteros) cuya relación permita obtener este otro, que es la magnitud de la diagonal de un cuadrado que tenga la unidad de lado.

O sea,



La demostración de su naturaleza irracional es un bellissimo razonamiento lógico:

https://www.youtube.com/watch?v=LmpAntNjPjo&ab_channel=D%21NG

Como explica el antropólogo peruano Milla Villena, los pueblos quechua (y entre ellos los incas) le dieron gran importancia a este concepto en su filosofía, en su geometría y en su arquitectura sagrada.

En lengua quechua, la diagonal es llamada «chekkaluwa», en donde «chekka» significa ‘verdad, justo, correcto, exacto’, y la diagonal significaría entonces ‘el camino a la verdad’. Y no solo porque la cruz andina haya gobernado todas las dimensiones de la

vida espiritual andina y «haya sido aplicada a todo nivel de magnitud»; siendo generada dicha cruz por la unidad cuadrado (esta «cruz cuadrada» no solo genera *raíz de 2*, sino también la razón π); sino también porque, como dice este mismo antropólogo y podemos verificar en el cielo, porque en la Estrella del Sur, base de su cosmogonía, la relación entre las magnitudes de los lados es, precisamente *raíz de 2*.

Es decir,

$$a/b = \sqrt{2}$$

Curiosamente, no es que esta constelación reine desde el sur, como lo hace la Estrella Polar en el hemisferio norte, sino que «apunta» hacia el sur, o sea, indica el camino hacia el sur. Y apuntando de hecho, pues la estrella más brillante, Acrux (la estrella alfa de la constelación Crucis), es la que señala al polo sur celeste.

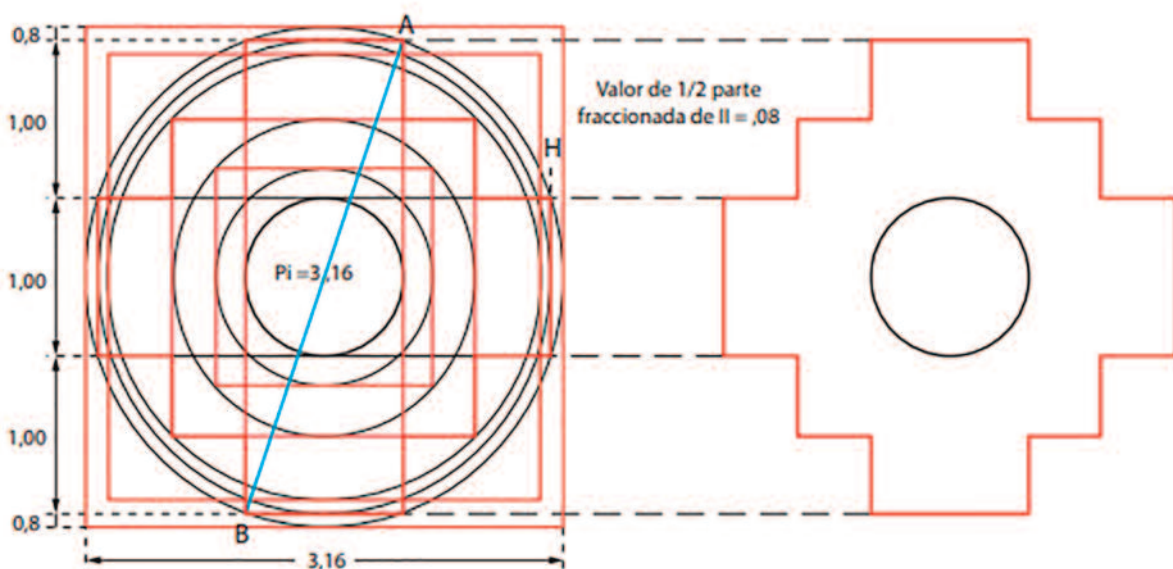
Esta estrella, que aun a la distancia de 325 años luz se ve tan brillante (magnitud aparente +0.77) irradia con el resplandor de 20.000 soles.

La constelación Cruz del Sur forma con sus cuatro estrellas un rombo en el cielo, y recordemos la importancia simbólica y espiritual de, no solo la cruz, sino de esta figura geométrica, que es en el cielo lo que el cuadrado en la tierra, un símbolo de estabilidad.

A estas imágenes mentales o conceptos, podemos añadir otro. Si la unidad, verdadera, luminosa, eterna, proyecta su sombra o presencia material en el mundo, la diagonal que una a ambos es el «camino a la verdad», pues si no puede dejar de vivir en nosotros la unidad que en todo vive, tampoco puede dejar de vivir la sombra en su matriz de espacio, tiempo y causalidad. Entre ambos se tiende, convidándonos siempre, esa «escalera hacia el cielo», con peldaños de cada vez mayor luminosidad. Podemos llamar a estos peldaños «virtudes» o decir, como los egipcios, que son «los brazos de los dioses», pero siempre estarán trazados en la diagonal que forma la unidad IDEAL y su sombra en la tierra.

En este sentido sí que podemos llamar a la diagonal del cuadrado, o a su valor numérico $\sqrt{2}$ «el camino hacia la verdad».

Diagrama de la Chacana o Cruz del Sur, descrito por Carlos Milla Villena y su relación con la razón π





Leer sobre la vida de Beethoven me recordó lo que se decía del héroe sumerio Gilgamesh, que era dos tercios divino y un tercio humano, y que su parte humana lo convertía en un personaje muy difícil de tratar. Si escuchas la música de Beethoven —la Sinfonía «Heroica» (tercera), el Concierto para piano «Emperador» (n.º 5), las sonatas «Patética», «Appassionata» y «Claro de luna», por mencionar solo algunas de sus obras más famosas—, tal vez puedas reconocer esa parte «divina» del compositor. Y si lees la trilogía de John Suchet sobre la vida de Beethoven¹ o cualquier biografía de él, verás ese lado humano que a veces podía resultar insufrible, incluso para sus amigos más cercanos. En este artículo, analizaré ambos aspectos y reflexionaré sobre lo que nos dicen acerca del arte, el artista, el idealismo, la humanidad y la vida en general.

Para aquellos que no estén familiarizados con el hombre y su música, aquí hay algunos detalles sobre su vida y su obra.

Ludwig van Beethoven nació en 1770 en Bonn, a orillas del majestuoso río Rin y a la sombra de la montaña Drachenfels, donde se dice que tuvo lugar la legendaria batalla entre Sigfrido y el dragón. Desde sus primeros años, el joven Beethoven se sintió extrañamente atraído por ella y admiraba su presencia escarpada y altísima, tal vez anticipando el poder elemental de la música que crearía más tarde.

Era un niño «diferente», lo que su abuelo, también llamado Ludwig, músico jefe de la corte (*Kappelmeister*) en Bonn, reconoció como señal de un gran destino musical, pero que inquietaba a sus padres, especialmente a su padre disoluto, también músico de la corte, pero que desperdiciaba su talento en las tabernas locales. Cuando se quedó sin

¹ *The Last Master: a fictional biography of Ludwig van Beethoven* (*El último maestro: una biografía ficticia de Ludwig van Beethoven*), de John Suchet. Warner Books, 2000.

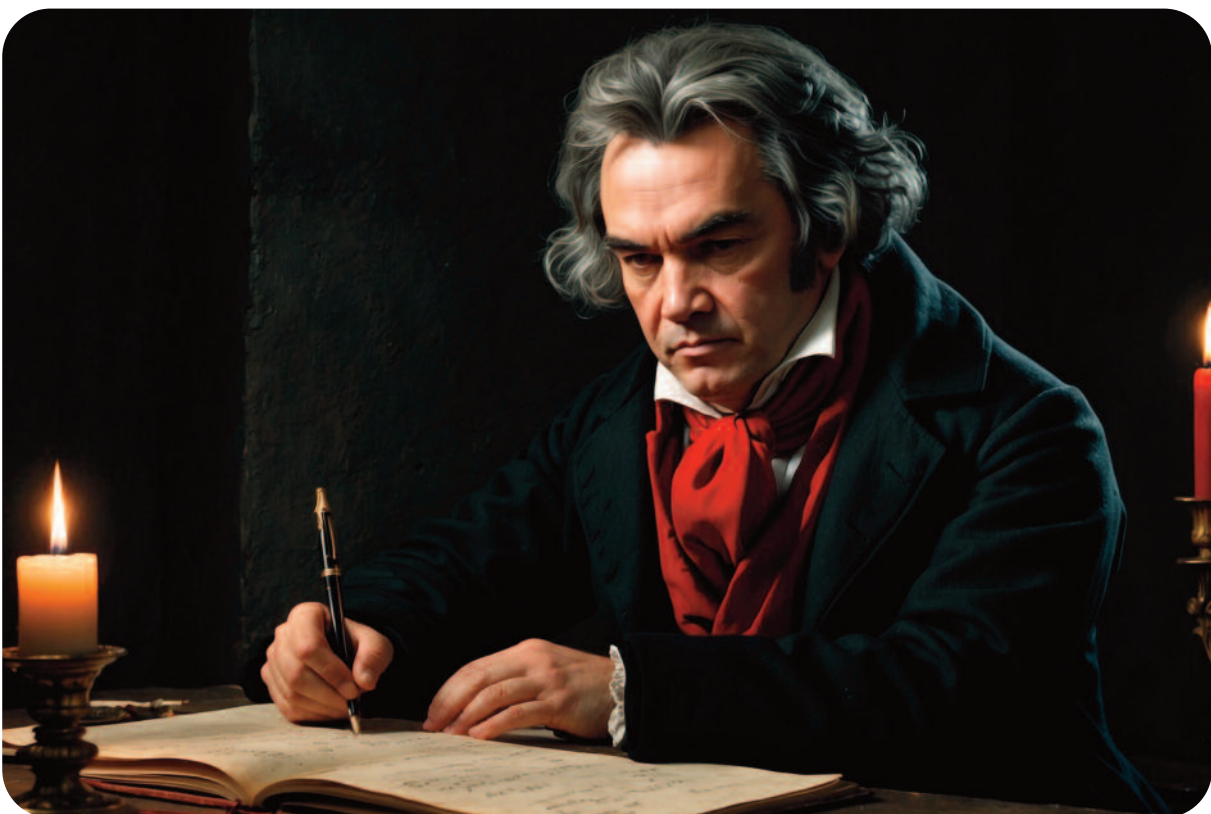
dinero, decidió formar a su hijo como un niño prodigio, al estilo de Mozart, y solía volver a casa desde la taberna a primeras horas de la mañana, despertarlo y obligarlo a practicar durante horas. Ludwig también destacaba por ser diferente en la escuela y sufría por ello.

Lo que le ayudó a sobrellevar todas estas adversidades en su infancia fue una voluntad muy decidida, incluso obstinada, y la convicción de que estaba destinado a convertirse en un gran músico. También le inspiró a lo largo de su vida el recuerdo de su abuelo, que murió cuando solo tenía tres o cuatro años, pero que le trataba con especial respeto y afecto.

Estaba igualmente decidido a no ser músico de la corte, sino a seguir su propio camino, como Mozart en cierta medida había hecho. Tan pronto como pudo, logró llegar a Viena, la capital musical de Europa en aquella época, donde tuvo un breve encuentro con Mozart, quien le enseñó una lección inolvidable: «Los temas sencillos son los mejores». Es interesante ver cómo, si alguien es receptivo, un breve encuentro y una sola enseñanza pueden acompañarle durante el resto de su vida, convirtiéndose en una influencia duradera. Puedes escuchar un ejemplo de uno de estos temas sencillos en el Adagio (2.º movimiento) de su sonata *Patética*.

En Viena, comenzó a recibir el patrocinio de varios aristócratas, como el príncipe Lichnowsky, el príncipe Lobkowitz y el archiduque Rodolfo, hermano del emperador.

Amaba los ideales de «libertad, igualdad, fraternidad» de la Revolución francesa, y por eso, inicialmente, fue partidario de Napoleón, que en aquel momento estaba conquistando el resto de Europa. Consideraba que el «humilde corso» estaba inaugurando una nueva era que acabaría con las injusticias del sistema de clases y conduciría a un mundo en el que «todos los hombres serían hermanos», como dice la





letra del *Himno a la alegría* al final de su 9.^a sinfonía. Pero cuando Napoleón se coronó emperador, Beethoven se desilusionó con su héroe y retiró la dedicatoria de su *Tercera sinfonía* a «Bonaparte», dedicándola en su lugar al príncipe Lobkowitz.

Siempre era más feliz en compañía de músicos, con algunos de los cuales solía beber en una taberna llamada El Cisne. Varios de sus amigos le ayudaron en sus labores musicales y en los aspectos prácticos de su vida, pero a menudo era grosero y autoritario tanto con ellos como con sus sufridos sirvientes y caseros, cuyos inquilinos se quejaban a menudo de su costumbre de tocar el piano y dar pisotones en mitad de la noche. Como resultado, se calcula que se mudó unas treinta veces mientras vivió en Viena.

Un punto de inflexión en la vida de Beethoven se produjo cuando se alojaba en Heiligenstadt, una pequeña localidad a las afueras de Viena, adonde había ido para componer. Fue allí donde se dio cuenta de que cada vez estaba más sordo, un hecho que lo sumió en la desesperación, sobre todo por las consecuencias que tendría para su música. De hecho, pronto se vio incapacitado para tocar o dirigir. Pero lo peor no sucedió: aún podía componer porque podía oír la música en su cabeza y escribirla. Con el tiempo, ni siquiera necesitó el piano para componer.

En lo más profundo de su desesperación, escribió su última voluntad, el llamado Testamento de Heiligenstadt, que en su mayor parte no trata sobre la disposición de sus escasos bienes, sino sobre su amor por la humanidad y cómo se le malinterpretaba como un «misántropo» (un enemigo de la humanidad), lo que él atribuía a su sordera, que le hacía evitar la compañía de los demás porque no podía comunicarse con ellos.

Ahora me gustaría analizar el contraste entre su música sublime y su carácter, a veces terrible. Mientras leía sobre su vida, me pregunté varias veces por qué sus amigos y mecenas lo aguantaban y parecían no solo admirar su música, sino también sentir un amor y un afecto genuinos por él, a pesar de su frecuente rudeza, irracionalidad y, a veces, incluso crueldad. Llegué a la conclusión de que era porque podían ver que la sublime música de Beethoven era una verdadera expresión de su propia alma, un alma llena de belleza y amor por la humanidad. Al conocerlo bien, podían ver más allá de su apariencia tosca y descubrir su mejor yo interior, por lo que le perdonaban sus muchos defectos. Al mismo tiempo, tenía un corazón generoso. Ofrecía música de forma gratuita



en varios conciertos a beneficio de viudas, huérfanos y soldados veteranos, y a menudo daba dinero a personas necesitadas².

Después de conocer a Beethoven, el poeta Goethe le escribió a su esposa: «Hoy conocí al compositor Beethoven. Nunca había conocido a un artista más apasionado, enérgico y profundo. Entiendo perfectamente por qué el mundo le admira tanto». Al día siguiente, tras otro encuentro, volvió a escribir: «El talento de Beethoven me sorprende. Toca de forma exquisita. Pero, por desgracia, tiene una personalidad totalmente incontrolable. No se equivoca al encontrar detestable el mundo, pero al hacerlo no lo convierte en más agradable ni para sí ni para los demás. Al mismo tiempo, merece ser perdonado y compadecido, ya que su sordera va en aumento...».

Creo que Goethe lo expresa muy bien. Algunos genios, como el propio Goethe y el compositor Haydn, eran personas muy equilibradas. Otros, como Beethoven, no lo eran. Una vez más, volvemos a «dos tercios divinos y un tercio humano». En cuanto a la parte humana, algunos la manejan mejor que otros, y otros se enfrentan a circunstancias muy difíciles en la vida. Frederick Crowest describe a Beethoven como alguien con «un temperamento muy agitado que estaba constantemente sometido a las más severas tensiones mentales».

¿Qué pensaba Beethoven de su compañero genio, Goethe? He aquí su comentario, algo mordaz, a su editor, después de haber visto inclinarse a Goethe ante la emperatriz (algo que él mismo se negó a hacer): «Goethe disfrutaba demasiado del ambiente de la corte, mucho más de lo que corresponde a un poeta. ¿Cómo se puede criticar a otros virtuosos en este sentido cuando incluso los poetas, que deberían ser considerados los principales

² *Beethoven*, de Frederick J. Crowest. Londres, J. M. Dent & Co. 1904.

maestros de la nación, pueden olvidarse de todo lo demás cuando se enfrentan a ese esplendor?».

Sin embargo, igual que Goethe admiraba la obra de Beethoven, Beethoven admiraba la de Goethe. A menudo pasaba las tardes leyendo las obras de Goethe, junto con las de otros autores como Schiller, Homero, Platón, Shakespeare y, sin duda, muchos otros.

En cuanto a su música, he utilizado la palabra «sublime» porque creo que resume su cualidad esencial. Beethoven tuvo muchos problemas en la vida, aparte de su sordera. Desde amores frustrados hasta problemas familiares y muchos otros. Pero, en mi opinión, nada de esto se refleja en su música. Más bien, cuando componía, «escapaba» de sus problemas y de su carácter. Se iba a estar con su alma. Se iba a un «cielo musical» donde escuchaba la música que luego trasponía a sus obras.

Así, podemos escuchar en su música todo tipo de emociones, pero todas ellas desprovistas de cualquier bajeza o impureza. Hay emociones heroicas y nobles, hay belleza, misterio e incluso magia; hay ternura, amor en su sentido más elevado, imágenes de suaves arroyos o violentas tormentas, y también hay alegría, vigor y júbilo.

Esta música, que fue ofrecida como un regalo para la humanidad desde la parte más elevada del alma de Beethoven, ha tenido sin duda un efecto transformador en miles, quizás en millones de seres humanos. En un momento determinado de su 5.^a *sinfonía* (la que tiene la famosa apertura), se dice que un viejo soldado veterano se levantó espontáneamente, incapaz de contenerse, y gritó: «¡Viva el emperador!». (Era la época posterior a la liberación de Viena y la derrota de Napoleón). Y muchas personas han escrito sobre cómo la música de Beethoven les ha salvado literalmente la vida, gracias a su mensaje de triunfo sobre la adversidad.

El fundador de Nueva Acrópolis, Jorge Livraga, escribió una vez que «el arte sin mensaje es como un sobre sin carta». Entonces, ¿cuál era el mensaje de Beethoven? En sus propias palabras, dijo (según Suchet): «Mi música enseña de qué trata la vida». Esto puede parecer un poco vago desde una perspectiva racionalista, pero en realidad es muy profundo. La vida no se puede meter en una caja, pero ES, está en todas partes y en todo. No se refería solo a la vida física, ni siquiera a la energía. Como David Suchet hace decir a Beethoven en un momento dado: «No estoy *describiendo* la naturaleza, la estoy *creando* en sonido». Y en otra parte dice: «No son solo las notas en sí mismas, es lo que hay detrás de ellas». Del mismo modo, la vida no es solo naturaleza física, es lo que hay detrás de ella. Así, cuando escribe la Sinfonía «Pastoral» (n.º 6), por ejemplo, no está imitando el canto de los pájaros con la flauta o el flautín, sino que nos transmite lo que hay detrás de esos sonidos. Platón criticó el «arte imitativo» y creo que Beethoven habría estado de acuerdo con él. Él no imitaba, creaba con la ayuda —como él mismo admitía— de su «musa», una de esas musas que los antiguos griegos representaban como las nueve seguidoras de Apolo, el gran dios de la música y la belleza, o que los hindúes simbolizaban en forma de los celestiales Gandharvas.

Ninguno de nosotros puede componer música como la de Beethoven, pero gracias a sus heroicos esfuerzos por dar forma a lo que había dentro de él, todos podemos viajar a la tierra del alma y experimentar la belleza, el misterio, la magia, la gloria y la serena alegría de ese «cielo musical».

LAS GEISHAS: el mundo de las flores y los sauces

M. José Reina Navarro

Vamos a intentar adentrarnos en ese enigmático y misterioso mundo de las *geishas*, conocido como «el mundo de las flores y los sauces».

Para ello tendremos que hacerlo, poco a poco, muy lentamente, como esos pasos lentos al caminar tan propio de las *geishas*.

No pretendamos en este breve artículo intentar comprender un mundo desconocido y tan diferente para nosotros como es el Japón, sino, más bien, reconozcamos que hay un abismo en el tiempo y en el espacio, e incluso culturalmente entre ellas y nosotros.

Por ello, intentaremos no tanto comprender sino, más bien, respetar una forma de vivir y de sentir diferente a la nuestra. Para comprender a las *geishas*, tendríamos que conocer Japón, porque ningún tópico cultural relevante puede describirse aisladamente, como si no formara parte de toda «una red de significados»; por ejemplo, una misma palabra tiene significados completamente diferentes para ellas que para nosotros.

Tal vez, el mundo de las flores y los sauces siga siendo un tópico fascinante, pero sigue diciendo más acerca de las obsesiones occidentales que sobre las propias *geishas*.

«El secreto para comprender la esencia de la vida consiste en aceptarla como es, con toda su verdadera concreción» (Kuki Shuzo, Ikino Kozo, 1980).

Origen, vínculos que unen

A principios del siglo XVII se estableció la dictadura militar en Japón. El largo período anterior de conflictos y de guerras civiles iba a ser reemplazado, no solamente por el orden y la prosperidad, sino por dos siglos y medio de paz interior.

Tras las viejas épocas de nobles y guerreros, este era un momento de comerciantes y nuevos ricos, herederos de una tradición artística y estética, y se iba a ir forjando una

cultura refinada y plebeya a la vez, audaz y creativa, enamorada del teatro y los placeres. Así nació, en Edo, un barrio de diversiones llamado la «ciudad sin noches».

No se trataba de un barrio de *geishas*, estas todavía no existían. Pero era posible encontrarse frente a unos seres extraños y fabulosos por su lujo, su arte y su celebridad, llamadas las Tayu. Tenían un alto nivel cultural y practicaban todas las artes. Las Tayu fueron disminuyendo poco a poco, y surgieron otro tipo de personas dedicadas al mundo del arte y del espectáculo, profesionales independientes; pero muy pronto se les exigió que pagaran sus impuestos y se organizaran, se les impuso un horario, normas de vestuario... Lo único que faltaba era buscarles un nombre y terminó por prevalecer el de *geishas*, tanto para hombres como para mujeres *Gei*, por ‘arte’ y *Sha*, por ‘personas’, o sea, personas dedicadas al arte.

Los *geishas* hombres eran malabaristas, acróbatas, no fueron muy numerosos y terminaron pronto por desaparecer.

La carrera de las *geishas* femeninas comenzaba su ascensión. Y como tales aparecen a finales del siglo XVIII, y poco a poco surgirán los «barrios de *geishas*». Normalmente vivían como pupilas de una antigua *geisha*, a quien llamaban Mama-San o Okasan; y la vivienda se llamaba Okiya, y denominaban Onesan a la hermana mayor, o a cualquier *geisha* que poseyese mayor antigüedad. Ambos términos se utilizan por respeto. Cuando una *geisha* habla de su hermana mayor, se refiere a una *geisha* de más antigüedad con la que se «casó» en una ceremonia que las unía como hermanas. La hermandad es básica en la sociedad de *geishas*.

Pero ¿qué significa «ser hermanas» y «casarse»?

Lejos de poseer un significado de igualdad, puesto que se es hermana mayor y hermana menor, esta palabra implica «jerarquía». Una *geisha* nueva se convierte en hermana menor de una *geisha* más experimentada, y de manera natural y aceptada forman una pareja desigual. El uso de estos términos de parentesco no tiene la misma carga sentimental que para los occidentales, sino que definen los grupos desiguales pero complementarios que suponen la base de la sociedad de las *geishas*.

«Una taza de sake, el principio de una amistad...».

Este hermanamiento se realiza mediante una ceremonia, representación del ritual del Sansan-Kudo, o «tres veces tres, nueve veces», porque se toman tres sorbos de sake de cada una de las tres tazas esmaltadas que se van ofreciendo entre la Maiko (aprendiz de *geisha*) y la *geisha* mayor. Para los japoneses, «compartir» sake es crear un vínculo profundo y solemne, que se denomina «en musubi», encuentro de los destinos. Un «en» es un vínculo entre personas, normalmente un vínculo creado y no uno natural. El significado budista de «en», karma, impregna la noción de relaciones humanas. Si se tiene un «en» con alguien, existe una especie de afinidad especial. Un grado mayor es el «vínculo de en» (en musubi), que crea un lazo que no puede romperse con facilidad.

También existía una ceremonia para celebrar la salida, si era honrosa, llamada «Hiki Iwai», o «celebración de la retirada».

¿Cómo se anulan los vínculos forjados? Con nueve sorbos de licor de arroz. Con arroz hervido. Una *geisha* que abandona la comunidad debe regalar una cajita de arroz

hervido a su hermana mayor, a su *okasan*, a sus profesores y a todos aquellos a quienes debe agradecer sus lecciones y su generosidad. Este acto desanuda los vínculos que la unían como *geisha*.

La hermana mayor debe hacer de modelo de la hermana pequeña y responsabilizarse de enseñarle el comportamiento propio de una *geisha*. Antiguamente se enseñaba a través de Minarai, «aprender a través de la observación», que implica acostumbrarse de forma progresiva al mundo de la *geisha* por el método de estar junto a otras *geishas*, y desarrollar de forma gradual la paciencia.

Requisitos

«Incluso son más maravillosas aún, cuando caen, las flores del cerezo. ¿Hay algo que perdure en este doloroso mundo?».

A una *geisha* se le pedían cuatro cosas: ser bellas, reflejo de la armonía interior; no conocer nada que fuera vulgar; vivir en un mundo de amor y elegancia; practicar un arte sobrio.

Una de las reglas era «nada de asuntos amorosos». Su arte era lo primero. Había que conocer el amor pero saber dejarlo atrás. A la *geisha* le faltará refinamiento y fuerza si no vive esta experiencia. Por tanto, ¿cuál era la mejor escuela para una *geisha*? Era la superación del amor.

Esta es la razón por la que antiguamente se decía que el fruto del amor eran las lágrimas, lágrimas de renuncia. Quizás nos falte un poco de sano romanticismo para ver en ello algo hermoso y muy profundo a la vez.

Había unas reglas en el arte de la conversación: ser amable, y por lo tanto no abrir el corazón; no decir todo lo que se piensa, sino solo lo que pueda agradar; saber intuir qué es lo que el otro necesita y decírselo.

El ideal de *geisha* consiste en ser y en poseer *iki*. Implica toda una filosofía de vida. El *iki* fusionaba la emoción humana con los ideales estéticos, relacionaba todas las artes de la época y convertía su propia vida en un instrumento de su arte. A principios del siglo XIX, el mayor elogio que podía recibir una *geisha* era que se la considerara *iki*. Tener *iki* implicaba sinceridad, pero una sinceridad compleja y no la devoción ciega, ser refinada pero no falta de entusiasmo, inocente pero no ingenua. Para que una mujer fuera *iki* necesitaba tener cierta experiencia y haber saboreado tanto la amargura como la dulzura.

También debían poseer *Shibumi*, que es actuar en la vida de una forma «natural» en todas las circunstancias, sin miedo pero sin ostentación; con autoridad pero sin crueldad, con modestia pero sin recato. Se trataría de actuar con la máxima sencillez y la máxima normalidad.

Antes de ser *geishas*, primero eran *maikos*, es decir, aprendiz de *geisha*. *Maiko* significa ‘hija de la danza’. Antiguamente se decía que, para tener una carrera brillante, había que dar el primer baile a los seis años y después continuar durante seis años más. La función de las *maikos* era acompañar y ayudar a las *geishas* en sus funciones. Las *maikos* se levantaban al amanecer para prepararse para su trabajo, es decir, asistían a diversas clases, tanto en la escuela de *maikos* como en casa de los diferentes maestros



de danza, música, etc.; prácticamente, unían sus clases con su trabajo, que duraba hasta avanzadas horas de la noche.

Para los japoneses, la fiesta de las *geishas* es la cortesía indispensable que se creen obligados a ofrecer a sus honorables invitados. Cuando llegan los hombres, todo ha sido preparado de manera admirable para recibirlos. Ellos, quizás se sintiesen los amos en aquel momento al verse rodeados de una élite femenina, bella, encantadora y talentosa. A su alrededor todo son reverencias, atenciones y amables alabanzas. Pero es el canto de las sirenas, y ellos han sucumbido ante su llamada. Helos aquí cogidos en las redes de una conspiración minuciosamente planificada por ellas, pero no con el objeto de hacerles daño, sino justamente todo lo contrario, para enseñarles cosas que no tienen precio y que a menudo no tienen ocasión de conocer de otro modo, como la calma, la sonrisa, la dulzura y su arte.

La imagen de las *geishas* como esclavas sonrientes de los hombres es un absurdo estereotipo forjado fuera de Japón, puesto que no son camareras, ya que esta función la realizaban otras mujeres. Su función es más ceremonial que funcional.

Las *geishas* deben ser dúctiles, pero no sumisas, para adaptarse sin problemas a muchas situaciones y a las personalidades de los clientes. También poseen un fuerte sentido de la lealtad.

Estética

«Cuando los colores de una tela no concuerdan con las estaciones, se tiñen las flores de la primavera y del otoño, todo el esfuerzo es inútil como el rocío».

¿Qué es lo que enseña a sus pacientes adeptas esta educación de *geisha*?

Antes que nada, las hace sacerdotisas de la estética. La estética es una llave maestra en este país, no solo se encarga del aspecto estético del cuerpo y de los objetos, sino también de la conducta de los hombres, de su vida social, política y moral.

Lo importante no es destacar sino estar en armonía con lo que nos rodea, tanto en la naturaleza como en la sociedad, como con nosotros mismos. Rodearse de bellos objetos y buscar la armonía de las personas, desconfiar de las innovaciones del arte, temer las reacciones incontroladas: estas son algunas nociones de la estética japonesa, saber qué es lo que se debe hacer en cada momento del día, no hacer del arte una constante invención personal, sino al contrario, apreciarlo conforme a los modelos reconocidos, pues todo ello nos conduce al estilo.

Una de las características de esta educación es que desarrolla en la mujer japonesa todos los aspectos de la femineidad. La noción de lo unisex, vista desde el antiguo Japón, es una herejía chocante y absurda. La sociedad de este país poseía parte de su realce, e incluso de su riqueza, en el acusado contraste entre virilidad y femineidad, entre damas y caballeros.

La mujer japonesa cultivaba un arte que constituye uno de los elementos de su encanto, «el arte del gesto». A las geishas se les enseña que el gesto degenera a menudo en gesticulación si este no entraña un estilo. Debe tener clase, o sea, debe obedecer a las reglas del arte y de la estética. Este arte es practicado desde muy temprana edad por las niñas, por ejemplo: cómo recibir un objeto de valor con ambas manos, cómo arrodillarse sobre una estera, cómo sostener un bol, cómo realzar el frunce del kimono solo con la mano izquierda, que es la mano especial de las *geishas*: o sea, el difícil y gran arte de los pequeños detalles.

Las *geishas* tienen gestos propios que solo les pertenecen a ellas; como el manejo de sus mangas, los pequeños pasos al caminar, y hasta una forma muy curiosa y difícil de inclinar el cuello hacia la izquierda o a la derecha sin que el rostro pierda jamás su verticalidad. Una mujer que ha sido *geisha* nunca lo podrá ocultar, siempre se sabrá por sus gestos.



Tenían sus disciplinas y sus prohibiciones, a las que estaban sujetas; por ejemplo, una *geisha* no se podía reír, se tenía que tapar la boca con la mano, pero sí sonreír, no hablar de comidas, no usar anillos, joyas ni perfumes (pues altera el gusto de la comida japonesa y el aroma del sake). Tenían un código de honor no escrito, en el que las *geishas* no podían divulgar lo que se hablaba en su presencia.

Pero la obligación más difícil de esta vocación era estar representando, todos los días de la vida, por lo menos tres veces por noche el verdadero arte de ser una *geisha*. Estar obligadas, lloviera o tronara, estando de luto o con problemas personales, a la primera de las órdenes: ¡ser bellas, alegres, transmitir el amor y su arte!

¿Aún pensamos que las *geishas* son unas figurillas de porcelana, que simplemente de mirarlas se pueden romper? Justamente, la fuerza de las *geishas* estaba en su aparente fragilidad, estaba en su corazón, ya que por amor eran capaces de renunciar a ellas mismas, de poner una sonrisa y dulzura a su alrededor, en medio del dolor. Una de las características que llama más la atención de ellas es su suavidad, pero no olvidemos que en este país prima la cortesía, se es suave por fuera pero duro y fuerte por dentro, como son las *geishas*. Ellas no hacían ostentación de su vida ni del esfuerzo y sacrificio que ello conllevaba.

Tradición «*geisha* cantora»

Las *geishas* son el símbolo de la tradición japonesa. Eran las encargadas de transmitir sus costumbres, sus ancestros y sus tradiciones, es ahí donde reside su esperanza. La conservación de una tradición única es la contribución social de las *geishas* al Japón.

Otras de las funciones menos conocidas de las *geishas* era acompañar a los guerreros al campo de batalla, infundiéndoles ánimo con sus cantos. Formaban en las filas con los propios guerreros, e iban enardeciendo la bravura de los soldados, ensalzando con sus cantos y sus cítaras el sentido del honor y de la gloria.

Esta es la historia de una *geisha* llamada «Flor de Primavera», alrededor del año 1868, época memorable para Japón:

«Había allí una joven *geisha* que estaba siendo requerida forzosamente por dos bonzos. A los gritos de la *geisha* el Mikado (príncipe) salió en su auxilio y estos al verle huyeron. El Mikado le preguntó a la *geisha* qué ocurría. La joven *geisha* le contestó sin saber quién era él realmente:

—Yo soy una *geisha*. Una *geisha* «cantora». El sogún nos acaba de privar de todos nuestros derechos, poniéndonos al nivel de las mujeres públicas. Los hombres han olvidado que en otro tiempo acompañábamos a los guerreros al campo de batalla para infundirles ánimo con nuestras canciones. Así que somos las únicas —añadió con orgullo— que hemos conservado los antiguos usos y costumbres del país.

La *geisha* sintió que debía compensar al Mikado y le juró lealtad en su corazón.

Pasado algún tiempo, cuando el Mikado hubo vencido al sogún, al expresar su gratitud después del triunfo a sus valientes samuráis, acercósele un viejo samurái y le dijo:

—No solo a nosotros, a los hombres de las dos espadas, y a los fieles campesinos debe extenderse tu gratitud, oh señor. Hay una *geisha* que ninguno de nosotros conoce, que no lo merece menos que nosotros. Con una bien acordada cítara y sus dulces cantos, ha formado en nuestras filas hombro con hombro. De esta manera enardecía la bravura de nuestros soldados, animándoles

durante el combate, les hablaba de las hazañas de sus antepasados y ensalzaba tu nombre.

—¡Presentádmela! —ordenó el Mikado.

—¡No es posible, mi señor, porque en la lucha cayó como un ciprés abatido y rodó por la tierra!

—Pero... ¡yo quisiera saber su nombre! Quiero poder transmitírselo a nuestros descendientes para que lo tengan en el honor.

—Cuando se hallaba la *geisha* a punto de morir —dijo el samurái— le suplicó al samurái que combatía a su lado le hiciese llegar al Mikado su nombre: Haru-San. Como llena de amor y de fidelidad hacia él, había querido ofrendarle su vida en señal de gratitud eterna...

—Haru-San... ¡Flor de Primavera! ¡Qué corazón tan noble y abnegado tenías! —murmuró el Mikado; luego, en voz alta agregó: —¡Ordeno y mando que a partir de este día nadie pueda en mi reino rebajar, ofender ni menospreciar a una *geisha*. Las mejores, las más bellas y nobles serán públicamente loadas por los caballeros durante la primavera y el Mikado mismo les concederá el título de Geisha-Haru. ¡Tal es mi voluntad!

Calló el Mikado y se quedó pensativo. Creyó, por un instante, tener ante sus ojos a aquella encantadora y delicada *geisha*.

Y el Mikado murmuró: —loada seas, oh Haru-San!».

Esto sucedió hace muchos años, pero gracias al espíritu y al valor de esta *geisha*, posteriormente todas las primaveras, en honor a su nombre, Haru (Primavera) San, se celebraban en la capital del Imperio grandes representaciones primaverales. Cuando la aurora prende su rosado brillo en los cerezos, empieza la concentración de todas las *geishas* de las distintas ciudades del Japón; todas se reunían allí para decidir quién obtendría el título de Geisha-Haru, la Geisha Reina.

Este título de Reina de Primavera era otorgado por el mismo Mikado, y era equivalente a un título de nobleza.

El arte como forma de vida

Las artes que practicaban, principalmente, eran la música, el canto y la danza tradicional. La disciplina es tanto una disciplina del yo como un dominio de la forma del arte, ya que mediante la técnica del arte se va consiguiendo el dominio de la propia personalidad.

El arte de las *geishas* va más allá de los tipos de *gei* particulares y específicos que practican. Lo que importa es hacer de esta vocación una elección consciente y premeditada de hacer del arte su vida.

Para una *geisha* el arte es vida, y también deben convertir su vida en arte. Una *geisha* vivirá su arte haciendo que cada momento del día esté imbuido de él: su forma de caminar, de sentarse, de hablar, de coger un objeto...

«Perfeccionar su propia vida y convertirla en una verdadera obra de arte». Esta es una verdadera disciplina y, por ello, tienen un hálito de cierta mística, como si de una extraña orquídea se tratara.

¿Qué es este «algo» común que advertimos en todas estas artes? Es el espíritu del zen, que se transparenta en todas estas disciplinas.

Estas artes son como perlas de un collar, cada una de ellas con su individualidad pero con un hilo conductor que las atraviesa en sí mismas, de naturaleza muy diferentes pero que les da unión y sentido.



Para las *geishas*, su arte es un camino de realización interior, de formación del carácter, de transmisión y de purificación. Ellas transmiten su arte a través del «I Shin den Shin», es decir, «de mi espíritu a tu espíritu», de mi corazón a tu corazón, sin que intervenga el razonamiento, la inteligencia y, sobre todo, las explicaciones; se dirige a la intuición y a la sensibilidad del espectador. Cuando dicen «de mi corazón a tu corazón», están relacionándolo con el alma, o sea, transmitir lo mejor que existe en nosotros tanto en nuestros pensamientos como en nuestros sentimientos.

El verdadero arte no necesitaría en verdad de palabras, pues debería producir en nosotros un estado de catarsis, y a través de él podríamos entender las enseñanzas de una manera clara y directa, como fuente que emana sus aguas cristalinas y calma la sed del que a ella acude.

Epílogo

Soñemos con fuerza y luchemos con el empuje de la tradición. Para que de nuevo haya seres humanos superiores que sean capaces de transmitir un nuevo y viejo arte, tan nuevo como esta vida, tan viejo como nuestra alma inmortal; que sean dignos hijos de las musas y del dios Apolo, que con sus rayos y su luz pueden penetrar en los corazones para convertirlos en canales huecos e inspirarnos para ser el puente entre la tierra y el cielo, entre lo visible y lo invisible.

Bibliografía

El crisantemo y la espada. Ed. Alianza. Ruth Benedict.

Gentes del Japón. Peral S. Back.

Las leonas del rif y las geishas del Japón. F. Ossendowski.

Memorias de una geisha. Ed. Alfaguara. Arthur Goleen.

EDUCACIÓN: integridad humana e institucional

Walter López

El desarrollo del tema del presente artículo procede de la típica situación en la que un lector se topa con una idea que se cierra sobre sí misma y le obliga a detenerse. No le habla de su vida, sino del mundo compartido; de pronto, lo escrito coincide con lo visible, con lo social, con la realidad. Les comparto, pues, la idea encontrada en dicha oportunidad hace ya varios años:

«Antes de ser sepultadas por los actos de corrupción, las instituciones empiezan a morir en el corazón de los hombres». La frase pertenece al libro *El achoramiento: una interpretación sociológica*, de Oswaldo Medina, publicado en 2000. Realizaremos una breve interpretación y cómo la terminamos relacionando, inevitablemente, con la educación.

En el afán de analizar la relación natural entre un individuo y una institución que coexisten en una misma sociedad, nos encontramos con un antecedente muy afín a nuestra idea, propuesta alrededor del siglo XVIII por Jacques Montesquieu en su libro *El espíritu de las leyes, Lib. VIII*. Aquella idea es la siguiente: «Once the principles of the government are corrupted, the best laws become bad and turn against the state» (una vez que los principios del gobierno se corrompen, las mejores leyes se tornan malas y en contra del Estado.)

Podemos entender como «principios» las disposiciones morales, los hábitos sociales, el tejido moral y cultural que convierte normas escritas en práctica efectiva. Es razonable pensar, entonces, que la pérdida interna de principios o costumbres se produce antes que las manifestaciones externas. Este proceso previo tiene sede en un espacio equivalente al «corazón de los hombres» expresado en nuestra idea original.

Luego de sucedido esto, las leyes pierden su valor o eficacia moral porque la gente que debe aplicarlas o respetarlas ya no tiene integridad, por lo que, extrapolando la situación, las instituciones ya no sostendrían el bien común, sino que perjudicarían al Estado.

Para resumir, Montesquieu sostiene que la decadencia de las virtudes y costumbres públicas precede y prepara la caída de las instituciones políticas.

En este punto, considero oportuno compartir la postura de Gilles Lipovetsky, en su libro *La era del vacío*: «Y, sin embargo, el sistema funciona, las instituciones se reproducen y desarrollan, pero por inercia, en el vacío, sin adherencia ni sentido, cada vez más controladas por los “especialistas”», los últimos curas, como diría el filósofo Nietzsche, los únicos que todavía quieren inyectar sentido, valor, allí donde ya no hay otra cosa que un desierto apático.

Es en este punto donde, después de analizar el panorama descrito, y evidenciando mucha similitud y correspondencia con la realidad, reconocemos necesario buscar (si es que no es encontrar) un camino distinto al que se nos propone. Es aquí donde se nos presenta la educación en valores como una condición necesaria para revertir la decadencia institucional, pues transforma disposiciones ciudadanas y profesionales que, lógicamente combinadas con reformas institucionales, podrían permitir restaurar la legitimidad y el funcionamiento público.

A continuación, brindamos algunas reflexiones sobre la educación actual desde el nivel gubernamental y político, para luego pasar por las escuelas y terminar en el agente quizá más importante de toda esta cadena educativa: la familia.

Rol del Estado: responsabilidad política

En los últimos años, podemos afirmar con seguridad que hemos sido testigos de la desconexión y el no continuismo de los proyectos que se inician en un determinado período gubernamental; luego, con el cambio de período, cambian también los proyectos, a veces no solo educativos sino en múltiples capítulos. Esto es comprensible siempre que la modificación o reestructuración de la propuesta sea con el fin de mejorarla y optimizarla, pero en la mayoría de casos es solo por rivalidades y cambio de intereses de los grupos políticos.

La polarización política y curricular, los debates intensos sobre contenido y el enfoque han derivado en fluctuaciones y en programas menos estables a largo plazo. Este constante entrampamiento tiene como resultado el aspecto educativo siempre sometido a reforma, casi como una calle siempre en obras.

Otro aspecto importante a comentar es que heredamos una educación bastante influenciada por el período de 1945 a 1973, marcado por un notable crecimiento económico y una profunda integración del capitalismo a escala mundial, especialmente visible en Europa occidental y Japón. Esto consolidó desde el Estado, como señalaba Fernando Sánchez en 2010, un modelo pedagógico occidental fuertemente influido por Estados Unidos, que acompañó y legitimó este nuevo orden socioeconómico. Y es este sistema el que actualmente nos deja, entre otras cosas, dos huellas: la violencia —entre jóvenes, contra la sociedad y, en muchos casos, hacia docentes— y la nesciencia —no solo ignorancia en historia o matemáticas, sino un uso vago y laxo del idioma, una pobreza léxica que empobrece el pensamiento—. Lo que nos ha erguido desde el simio a la condición humana, entre otras cosas, es la capacidad de formular un lenguaje



articulado y de entendernos con él. Aprendemos a pensar cuando empezamos a hablar, y si nos olvidamos de hablar... ¿qué pasará?

Por otro lado, si buscamos indicadores de pruebas que nos den una idea cuantificable del nivel educativo en materia de ciencias, tenemos un titular de la cadena RTVE: «España baja en matemáticas, lectura y ciencias en un contexto mundial de “caída sin precedentes” tras la pandemia», refiriéndose al último informe PISA publicado en 2022. Aunque todo titular de cualquier medio de prensa es cuestionable, este en particular, compartido por varios medios además, es de fácil verificación; basta solo con ver los datos obtenidos por dicha prueba PISA, que son de acceso público, en la plataforma digital oficial del organismo OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos).

Esto, sumado al alto índice de violencia que se vive en el mundo juvenil, fácilmente verificable en registros de criminalidad del Instituto Nacional de Estadística, nos conduce a pensar que el proyecto y, quizás peor aún, la idea de educación de nuestros últimos representantes, no concuerda con un futuro mejor para nuestra sociedad.

Contexto actual sobre educación cívica en la escuela

Para abordar el presente apartado, tomaremos como ejemplo el currículo de 3.º de ESO del IES David Vázquez Martínez (Asturias), publicado por el Departamento de Filosofía en su página web, en la cual la programación de la materia «Valores cívicos y éticos» del año 2023 integra las éticas de la virtud como saberes básicos, presentes en aproximadamente un 60 % del contenido temático. Sin embargo, dicha asignatura aparece con una dotación de una a dos horas semanales, lo que, haciendo un cálculo, interpretamos como alrededor del 5 % del tiempo lectivo anual destinado al desarrollo explícito de virtudes y competencias cívicas.

Aunque la cuantificación es aproximada, lo que sí es seguro es la idea de insuficiencia que nos brinda la planificación planteada para la formación ética deliberada. El

desarrollo de virtudes requiere espacios curriculares regulares que permitan discusión guiada, práctica reflexiva y evaluación formativa; la mera transversalidad de contenidos no garantiza la consolidación de hábitos morales ni competencias cívicas. Además, en un contexto postpandemia con retrocesos en aprendizajes básicos, reforzar la educación cívica contribuye a abordar problemas de convivencia y desafección juvenil.

Y si queremos tener una pincelada de lo que ocurre en la formación técnica superior (en este caso tomamos como ejemplo la medicina, pero casi con seguridad que se encuentra el mismo patrón en las demás carreras profesionales), nos encontramos con una reflexión brindada por Antonio Escohotado hacia un estudiante de Medicina hace unos años: «Infórmate de Hipócrates y Galeno, que son las grandes mentes antiguas sobre la salud. las que establecen la diferencia entre medicina científica y el mundo de los conjuros, los ensalmos... el mundo chamánico. O sea, todos los documentos que están muy desperdigados del corpus hipocrático, pero sobre todo... el juramento. El juramento hipocrático es en esencia PRIMUM NON NOCERE; primero, no hacer daño».

En esencia, Escohotado nos señala la importancia de la diferenciación de lo que antes eran las prácticas chamánicas de la medicina. Pero, por otro lado, también hace hincapié en aquella premisa casi fundante de la medicina a nivel histórico: «primero, no hacer daño», de la cual dejamos al lector la reflexión: ¿estamos absolutamente seguros de que en el actual sistema médico, en todas las atenciones sanitarias, los especialistas tienen esto como consigna prioritaria absoluta, dejando toda la parafernalia farmacéutica de lado, teniendo en cuenta que es una de las cinco industrias más poderosas y rentables a nivel económico a escala mundial?

Antes de culminar con el presente apartado, ofrecemos la siguiente reflexión sobre la actualidad del tema educativo, obtenido del prólogo del *Panfleto antipedagógico*, publicado en 2006: «Como explica Fernando Savater en su prólogo, el libro no pretende ser un tratado que resuelve todos los problemas, sino un grito de alerta polémico que



nos zarandea para que advirtamos que existen. Debería servir de revulsivo para una sociedad que no puede seguir enterrando su futuro en sus escuelas, institutos y universidades».

Si echamos un vistazo a la Grecia clásica en el afán de encontrar un camino distinto para nuestro actual sistema pedagógico, nos encontramos con que la «*paideia*» no se entendía solo como enseñanza técnica, sino como un proceso integral de formación que conducía a la «*areté*», esa virtud entendida como excelencia, fuerza moral y ejemplaridad tanto física como espiritual. Es en este proceso continuo, que comienza en la vida cotidiana y en los vínculos más cercanos, en donde la familia aparece naturalmente como el primer espacio donde se encarnan los valores, las virtudes y los modelos de conducta antes de cualquier instancia escolar o social más amplia.

Familia como rol formador

La familia es responsable de transmitir un equilibrio entre el carácter conservador y el impulso transformador de la educación, tarea que ya Cicerón concebía como la capacidad de liberar al individuo de la tiranía del presente mediante el cultivo de la autonomía y del pensamiento propio. Esta función adquiere especial relevancia en una sociedad donde parece imponerse la consigna de no pensar y en la que el sistema y el orden establecido demandan adeptos antes que masa crítica, promoviendo individuos que reproducen conductas homogéneas y recorren trayectorias vitales previamente trazadas, permaneciendo —en términos platónicos— toda su existencia en la caverna.

En sintonía con la autonomía propuesta por esta tradición, los padres están llamados a ofrecer a sus hijos la posibilidad de avizorar nuevos caminos, fomentando comportamientos que impulsen un giro de juicio en el cual el deseo de bienestar



material sea sustituido por la aspiración a una mayor dignidad personal. Cuando el individuo se forma desde la autenticidad y es acompañado por referentes íntegros, este proceso debería traducirse en una invitación a elegir el camino de la virtud, entendida como dignidad personal, moral y cultural.

Sin embargo, como advierte Salvador Cardús, la escuela ha perdido el monopolio de la transmisión de conocimientos socialmente relevantes, lo que ha desbordado a la familia ante la proliferación de agentes educativos no coordinados, especialmente los contenidos y modelos difundidos a través de plataformas digitales. En este contexto, los padres nunca han estado más desafiados ante esta avalancha de información —frecuentemente desinformación— que debilita su responsabilidad formativa.

Esta situación se evidencia con particular fuerza en una infancia marcada por la distracción, caracterizada por la normalización del acceso temprano y prolongado a dispositivos inteligentes, redes sociales y dinámicas digitales con componentes adictivos, sin una adecuada ponderación del impacto que estos agentes tienen sobre el desarrollo cognitivo, lo que, en consecuencia, puede generar posteriormente en la juventud una posible limitación del juicio crítico, el discernimiento y la comprensión del trasfondo de los contenidos consumidos. Es en este punto donde nos parece indispensable el desarrollo de estrategias parentales efectivas para mitigar los efectos negativos del uso excesivo de la tecnología, regulando el tiempo frente a dispositivos y orientando el consumo de contenidos. Al intervenir de manera consciente, los padres no solo protegen a sus hijos de la distracción y la sobreexposición, sino que también los preparan para enfrentar los desafíos de un entorno educativo cada vez más complejo.

En este contexto, la futura integración de la inteligencia artificial en la educación enfatiza aún más la necesidad de esta mediación. Esta integración en la educación ofrece oportunidades de personalización y acceso a recursos, pero también plantea riesgos, como la dependencia tecnológica y la disminución de la autonomía crítica. Estoy seguro de que la exploración de estos límites será objeto de estudios futuros, pero me parece importante incidir e insistir en que el objetivo debería ser que la IA complemente la formación sin reemplazar la mediación familiar ni el desarrollo de la virtud y la dignidad personal.

Para terminar, después de haber analizado con brevedad la cadena educativa, considero oportuno mencionar que, si logramos que los individuos fortalezcan su formación ética y crítica, sentaremos las bases para el surgimiento de mejores profesionales desde la escuela y la universidad, capaces de mejorar las instituciones en las que se integran y, en consecuencia, contribuir al progreso y bienestar de la sociedad en su conjunto.

Referencias bibliográficas

Medina García, Oswaldo. *El achoramiento: una interpretación sociológica*.

Montesquieu. *El espíritu de las leyes. Libro VIII*.

Mosterín, Jesús. *Racionalidad y acción humana*.

Benso Calvo, Carmen. *Origen y evolución de la disciplina de urbanidad en el currículum de la escuela primaria española*.

Lipovetsky, Gilles. *La era del vacío*.

Moreno, Ricardo. (2006). *Panfleto antipedagógico*.

Cardús, Salvador. *El desconcierto de la educación*.



«Se ve, pues, que con Lacan las cosas nunca eran simples. Le sucedía a menudo denigrar a hombres cuyo reconocimiento buscaba y ridiculizar valores que admiraba secretamente» (Élisabeth Roudinesco).

«El loco es el que reprocha al mundo las perturbaciones de su alma» (Jean Michel Vappereau).

El 13 de abril de 1901, en el seno de una familia próspera en el negocio de las conservas de vinagre, nace Jacques-Marie Émile, el primogénito de cuatro hermanos (el segundo de ellos morirá a los dos años).

Desde niño destacó por sus habilidades matemáticas y de joven estudió filosofía, antropología, historia, lingüística y ciencias exactas. Sus maestros describen su gran imaginación y les llama la atención su incapacidad «de organizar su tiempo y de comportarse como los demás». «La arrogancia era el rasgo principal de ese adolescente» (1) que, desde temprana edad, renegó de su abuelo y se alejó del negocio familiar para cursar estudios superiores.

Estudió Medicina y se especializó en Psiquiatría; a los veinticinco años presentó una tesis sobre psicosis paranoica y su relación con la personalidad, que le valió la entrada a la Sociedad Psicoanalítica de París. Según Celia Bertin, en el ambiente de discordia de la Sociedad Psicoanalítica de París (los puristas freudianos contra los disidentes doctrinales), Jacques Lacan será admitido como miembro titular sin haber concluido su psicoanálisis didáctico, pero con la promesa de continuarlo posteriormente. Lacan nunca terminó su tratamiento porque consideraba a su supervisor, Rudolph Loewenstein, de inteligencia inferior a la suya. Según Marie Bonaparte, en una carta a Anna Freud, dice de Lacan que «está demasiado impregnado de paranoia, hace cosas de discutible narcisismo, se permite demasiadas intervenciones personales». En 1953, casi veinte años después, la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) le expulsará

por estar en desacuerdo con sus métodos, especialmente por la reducción —a tiempo variable— de la consulta de cincuenta minutos —estandarizada por Freud—. Esto le permitía a Lacan tener más pacientes y formar a más aprendices que sus colegas.

Junto a otros disidentes fundaría luego la Escuela Freudiana de París (posteriormente y ya sin Lacán, se llamará Escuela de la Causa Freudiana). En ella será no solamente fundador, sino formador, líder y tendrá funciones administrativas. El niño que se sentaba al volante del coche de su padre a jugar que conducía siguió amando la velocidad toda la vida. Se le acusará de hacer sesiones didácticas de diez minutos y de apoyar a los estudiantes que se negaban a presentar prácticas de un año con tres sesiones de cuarenta y cinco minutos semanales antes de ser admitidos a los controles. No se puede prever el tiempo que necesita un sujeto para comprender, «si el sujeto da a luz una palabra verdadera».

Al decir del propio Lacan, él busca un retorno a Freud que Raquel Zak explica de forma irónica: «el “retorno a Freud” proclamado por Lacan es, en realidad, un “retorno a Freud solo en parte”, y es, en rigor, una “apertura a Lacan”» (6).

Sin duda, se trata de un personaje que no deja indiferente a nadie. Para Zak, existen varios Lacan (para escuchar todos los Lacan, el documental *Jacques Lacan. Reinventar el psicoanálisis* (8)). Tal vez él mismo lo insinuó luciéndose en las fiestas de disfraces y usando la cinta de Moebius como modelo de un consciente que se alterna e interconvierte en inconsciente.

A Lacan le atrae el lenguaje y sus misterios. De él mismo se decía que tenía la habilidad de decir frases capaces de herir con una puntería infalible. También las usará para sanar: «curamos con palabras, encontrando y desenterrando palabras claves» (6). Frecuenta los círculos surrealistas y se entrevista con Salvador Dalí, quien acaba de publicar *El asno podrido* en la revista *El Surrealismo al Servicio de la Revolución*, escrito en que el artista sostiene su teoría de que la llamada paranoia es resultado de una actividad creativa lógica, pues siempre utiliza materiales controlables y reconocibles: las palabras, los objetos, los símbolos... «La paranoia utiliza el mundo exterior para afirmar la idea obsesiva, con la característica perturbadora de hacer que la realidad de esta idea sea válida para los otros. La realidad del mundo exterior sirve como ilustración y prueba, y se pone al servicio de la realidad de nuestro espíritu» (S. Dalí, 7). También, las que consideramos alucinaciones son solo una forma de interpretar la realidad y no tanto una enfermedad (una forma única y particular reservada a poseedores de esa «sutileza que escapa a los seres normales», diría Dalí).

Tal vez esta idea es más sencilla de explicar gráficamente, a través de los cuadros pareidólicos del pintor: si yo veo un rostro donde otro ve una pila de objetos, es posible que las dos cosas sean ciertas; «le someto al problema, aún más complejo, de saber cuál de tales imágenes tiene más posibilidades de existencia». En el universo de Salvador Dalí, efectivamente, existen ambas. Los surrealistas anticipan una crisis de la conciencia, una crisis que persigue la revolución del mundo, mundo que se abrirá a las infinitas posibilidades de la física cuántica en ese mismo siglo.

Jacques Lacan analiza las cartas y textos de Marcelle, una institutriz enloquecida condenada por intento de homicidio en 1931 —que se creía con la responsabilidad de

regenerar Francia haciendo evolucionar la lengua—. Inspirado por Dalí, Lacan defiende que la escritura de Marcelle no es simplemente automática, sino que posee una parte de intencionalidad, igual que las creaciones poéticas surrealistas. (Para reír con un increíble Cadáver Exquisito, la carta de Marcelle al presidente es imperdible: pág 55 de *Esbozo de una vida*, de Jacques Lacan.).

A Lacan se le acusa de apropiarse de términos, nociones o teorías de otros sin reconocer la autoría original. Uno de los ataques más airados se publicó en la Revista Freudiana de París por Edouard Pichon, quien también le da lecciones de gramática y le critica por «inventar palabras». A la hora de la verdad, todos los psicoanalistas se ven obligados a crear palabras nuevas por el simple hecho de tener que traducir a Freud a otras lenguas. La diferencia es que Lacan las inventa por completo, utiliza palabras de un área aplicadas a otra (matemática, ciencias sociales o derecho en psicología). Su fuerte creativo serán las palabras con doble sentido (para fines de musicalidad, profundidad u ofensa).

Frecuentando el mundo intelectual al que había abierto para él la puerta la famosa actriz que tomó por segunda pareja, se codeó con Camus, Sartre, Simone de Beauvoir, Claude Lèvi-Strauss, Heidegger y llegó a ser médico personal de Pablo Picasso. Durante la guerra fue movilizado como médico auxiliar, efectuando diagnósticos y peritajes a soldados. Fue analista y tutor de muchas jóvenes promesas de la tercera generación de freudianos. Roudinesco dice que, con su encanto, era capaz de atraer hacia sí a los profesionales más prometedores, además de que contaba con la ventaja de flexibilidad de horario y disponía de mucho más tiempo, puesto que no se regía por las normas de horas a la semana y mucho menos de años de tratamiento convenidos por los ortodoxos.

Una de las características que más destaca esta analista en su biografía es la mentira: la capacidad de vivir vidas dobles y de engañar a quemarropa sin ser capaz de reconocerlo. Aunque regresa siempre a Freud, sus trabajos están teñidos de otras



corrientes: filosofía, sociología, estructuralismo, surrealismo, matemática. Lacan no se compromete al cien por cien con ningún pensador, con ningún color político, con ninguna moda, con ninguna idea. Parece haber sido el tubo de ensayo donde, en esa época vertiginosa, se gestaba una nueva forma de pensar, holística tal vez, más profunda, y al mismo tiempo de un ser humano más lúdico, informal y no atado a reglas. La amoralidad y el fin que justifica los medios fueron quizá el precio que pagó por ser único, recordado e inmortal. Su amiga Françoise Dolto dirá en una entrevista que nunca le terminó de entender por completo. De sus seminarios podía tomar «algunas ideas», pero el resto, el resto era más bien «un clima» (1).

Lacan llegará a tener muchas amantes y muchos conocidos, pero pocos amigos verdaderos; entre ellos —se dice—, solo dos fueron mujeres. Una de ellas fue Françoise Marette (o Dolto, que es su apellido de casada), pionera del psicoanálisis infantil que rechazará la técnica del juego y el estudio de los dibujos y se volcará de lleno en el lenguaje. Ella será la confidente de sus miedos y comprenderá su vacío, asumirá a los pacientes con los que Lacan fracasa. Dolto le obsequia caramelos y juguetillos los días de fiesta; Jacques Lacan, el coleccionador de antigüedades, cuadros caros y primeras ediciones de libros, le escribirá cartas recordándole cuánto la quiere, y cómo es ella la única que sabe darle «regalos que a él le gustan» (1).

Con Dolto vivirá la crisis de la Sociedad Freudiana de París. De la segunda generación, ambos serán iconos por su inteligencia y por su genio —como recalca Roudinesco—. Fueron los únicos que enseñaron un saber freudiano sin ningún tinte de psicología (la formación de ambos era medicina). Los estudios de Lacan de filosofía tampoco eran universitarios, provenían de sus lecturas y de frecuentar a los propios intelectuales. En todos sus estudiantes incentivó la formación psiquiátrica. «Así realizó una perfecta síntesis entre las grandes vías siempre necesarias para la implantación del freudianismo en un país dado: la vía médica, por la que una ciencia de la clínica se adueña del terreno de la locura, y la vía intelectual (literaria o filosófica), única capaz de dotar a una doctrina de un fundamento teórico» (1).

En agosto de 1961 el comité internacional dictamina que Lacan no debe seguir formando psicoanalistas ni ejerciendo controles (tutorías para los profesionales en formación). No solo despacha pacientes en diez minutos, sino que cobra sumas escandalosas, atiende a personas de la misma familia, mantiene relaciones sentimentales con sus analizadas y no tiene reparo en aceptar suicidas frustrados. Dos años más tarde se le expulsará como didáctico. La IPA (Asociación Internacional de Psicoanálisis) se pone a sí misma la soga al cuello al excluir una doctrina que, a diferencia de Jung o Adler, no reivindica una disidencia sino todo lo contrario: se afirma como ortodoxia freudiana. Se trata de una escisión sin precedentes. Apartar a Lacan viene aparejado con apartar también a Dolto. Sancionar a las dos figuras francesas más poderosas y carismáticas del momento fue tan desastroso para la IPA como para el propio Lacan, que perdió la posibilidad de enarbolar la bandera de «relevo freudiano» y ser «Su Majestad» también en Norteamérica. Sin IPA y sin Sociedad Freudiana, Lacan no tendrá más remedio que formar su propia escuela: la escuela freudiana de París.

A partir de 1964 ocurrirán tres eventos históricos para lo que se convertirá en el futuro lacanismo:

* Lacan se apoyará en Spinoza, Kant y Sade para otorgar un marco ético al freudismo. «Se lucha y se muere por un deseo». «La verdad de cada uno es la libertad de desear». «El hombre no es libre sino de su deseo de libertad; que le da la libertad de morir y le constriñe a someterse a una colectividad donde el bien y el mal se ordenan en un mismo imperativo» (1). Que puede resultar una suma, a su vez, de los deseos de los demás.

* El editor François Wahl (Editors du Seuil), que se analiza con Lacan, creará un vínculo especial con él y le instará a publicar su obra. Wahl es minucioso y su trabajo busca la excelencia. Las publicaciones de esta editorial no solo están revisadas por Lacan en vida, sino que están ordenadas y sus principales errores han sido corregidos. Serán el principal cuerpo doctrinario porque antes de estas publicaciones se trata solo de artículos, escritos y conferencias sin conexión ni orden real.

* El estudiante de filosofía Jacques-Alain Miller toma contacto con sus textos y queda deslumbrado. El joven Jacques no solo se casará con la hija favorita de Lacan, Judith; sino que será quien ordene el caos de su pensamiento. Miller termina «comprendiendo tan bien a Lacan» (1) que no solamente lo hará a su manera, sino que, con el tiempo, se le señalará un estilo tan distinto que terminará por convertirse en algo aparte: una especie de lacanismo milleriano.

En la recién nacida escuela freudiana, se instaurará, sin planearlo, un «freudismo de masas», en oposición al movimiento anterior intelectual y de élites, freudismo de segunda generación. Paradójicamente, respecto a lo que Lacan predicaba, la mayoría de sus seguidores tendrán formación en psicología y ningún estudio en filosofía, letras ni medicina. Al grupo también se añadirán sacerdotes y pastores. A sus sesenta y tres años, Jacques Lacan se verá rodeado de adoradores, en lugar de discípulos capaces de entablar diálogos críticos. El filósofo y médico Georges Canguilhem da su sentencia con la siguiente metáfora: «Cuando se sale de la Sorbona por la calle Saint-Jacques, se puede subir o bajar» (1). La IPA estaba compuesta de muchas sociedades diferentes, admitía en su seno todas las tendencias doctrinarias derivadas del freudismo, pero se les restringía a reglas técnicas. La EFP funcionará por completo al revés: las reglas técnicas no existen, las sesiones, formación y tratamientos no tienen un tiempo estipulado ni un precio estándar. Sin embargo, en lo que respecta a los textos; Freud —explicado por Lacan— se convertirá en la palabra sagrada.

El salón o la biblioteca de su casa-consulta se llenará de pacientes y analizantes que comentan entre ellos lo que les ha dicho el maestro. Interpretan sus palabras y gestos y, de alguna manera, se analizan un poco entre ellos —al parecer los minutos que se les dedican no son suficientes—. Algunos se quedan agrupados en la acera a la salida de la casa, conversando. Lacan atiende desde la mañana, recién salido de la cama con una bata elegante, y a lo largo del día va realizando su aseo personal, recibe al peluquero, al sastre o a la manicurista en medio de las sesiones. La división entre vida personal y profesional se ha diluido.

«No seguimos a Freud, lo acompañamos». Lacan será famoso por reformar conceptos del psicoanálisis y por la idea de que las enfermedades mentales ya no tienen un carácter individual solamente. Esta visión estructuralista será la que predomine en su obra. Según su mito individual del neurótico, todo sujeto se determina a través de su pertenencia a un orden; este orden es genealógico y también social. Cuando el sujeto



se hace consciente de esta pertenencia, este hecho será causa de profundas neurosis. En ese sistema estructural hay tres tipos de órdenes:

Imaginario. El orden imaginario es la forma en que percibimos a los demás; también es el lugar de las ilusiones del yo (que aunque no sean tangibles no solo existen, sino que permanecen siempre). Entran aquí todos los fenómenos ligados a la construcción del yo: captación, anticipación, ilusión.

Simbólico. Estamos dominados por estructuras sociales, simbólicas, de lenguaje. Los simbólico no solo es prioridad, sino que se hace ley.

Para Lacan el inconsciente freudiano tendrá una función de significante: me señala algo que yo tengo que interpretar.

Los símbolos, las ilustraciones, las imágenes (el lenguaje, la forma en que el sujeto cuenta su propia historia), permiten al individuo formarse como sujeto. Se identifica al principio, al contemplar su reflejo en un espejo, pero luego ha de empezar a preguntar: ¿quién es realmente y quién no es?

El estadio del espejo se organiza sobre la base de tres tiempos fundamentales, que implican la progresiva conquista de la imagen del propio cuerpo: 1) existe una confusión primera entre el cuerpo del niño y el cuerpo del «otro» (el «otro» como la madre, el cuerpo de la madre). En un comienzo, el *infans* vive y habita «en el otro». 2) Al mirar un espejo, el *infans* descubre que «el otro» del espejo no es un ser objetivamente real sino tan solo una imagen, y, por lo tanto, ya no intenta atraparla. A partir de este momento, el *infans* «sabe». Sabe discriminar entre la imagen del otro, y el otro en su realidad objetiva. 3) Constituye un momento dialéctico entre los dos tiempos precedentes, dado que el *infans* no solo se da cuenta de que el reflejo del espejo es una



imagen, sino —y sobre todo— porque adquiere la convicción de que esta imagen es la suya propia.

Al reconocerse en esta imagen, el *infans re-une* los fragmentos dispersos vivenciados de su propio cuerpo en una totalidad unificada, que es «la representación del cuerpo propio». La imagen del cuerpo es, entonces, estructurante para la identidad del sujeto, que, a través de ella, logra «su identificación primordial» (6).

Real. Lo real no se define fácilmente porque, al parecer, está en constante desarrollo, es imposible de representar a través del lenguaje y «no cesa de no escribirse»(6). Lo real escapa a todo —lo simbólico incluido—. En esta dimensión se ubica la realidad psíquica de Freud (que tiene una coherencia comparable a la realidad material y es capaz de suplantarla); pero también *lo imposible de encontrar*, una especie de mundo de los arquetipos. Promueve un movimiento o una búsqueda hacia lo «irremediablemente perdido; lo que falta. La falta» (6). La raíz detrás del deseo, posiblemente.

Al mismo tiempo, lo real a veces parece poseer un matiz «maldito» (1) o de «sombra negra», por el hecho de escapar a la razón.

Lacan otorga un rol activo a la persona y por eso no le llama «paciente». Para él, la persona ha de ser protagonista de su terapia y ser capaz de analizar su propio pensamiento. Juntos, psicoanalista y «analizante» reflexionan sobre el discurso y los recuerdos.

Desde 1968 toma como pasatiempo los acertijos matemáticos, los nudos y las figuras geométricas complejas. Su contacto con estudiantes y matemáticos le ha abierto otra puerta. Se obsesiona con la manera de plasmar sus teorías en forma de ecuaciones o

símbolos. No en vano en América su nombre será asociado más a la filosofía y a una forma del pensamiento francés que a la clínica.

A los setenta años, frustrado por no haber transmitido suficiente, hará análisis *exprés* a todos sus discípulos, algunos llevados a tiempos verdaderamente minimalistas. Terminar las sesiones en minutos será su obra final. El joven sin reglas que, temprano en la vida, había llegado a «esa función fundamental de maldecir a Dios» había, por fin, encontrado paz poniendo sus propios límites. Unos límites que se parecerán a los de un juego.

En 1980 los miembros de la escuela escuchan boquiabiertos la lectura de la carta de disolución de la escuela freudiana. Lacan la lee de corrido y de forma monótona. Está enfermo y envejecido y, aun así, sus seguidores, acostumbrados a las rarezas del gurú, se niegan a aceptarlo. La disolución completa tardará casi un año en hacerse efectiva.

Las últimas publicaciones de que se ocupará Miller son *Los seminarios de Lacan* (en los tomos finales ya figura Miller como coautor); provienen de transcripciones de clases y se les critica su desorden, poca coherencia y abundancia de errores (lapsus en el nombre de autores de citas o de palabras griegas). Para este último período del que hablamos, ni Miller tiene la paciencia de revisarlos ni parece interesarle mucho. Solo se entrega a publicar y publicar. Para ese momento, Lacan se acerca a los ochenta años y el arte de abstraerse que ha practicado toda su vida llegará al culmen, contestando siempre que no, y dibujando nudos en una servilleta en lugar de hablar.

«Las diversas formas que puede tomar el objeto en cuestión serán controlables y reconocibles por todo el mundo tan pronto como el paranoico las haya simplemente indicado». Esta explicación de Dalí nos recuerda cuando de niños tomábamos una sopa de mentira, o peleábamos una guerra disparando con palos. No podrían compararse dos cosas si fuera imposible algún tipo de conexión entre ellas. ¿Es acaso esa la obra de Lacan, el seductor, el paranoico? ¿El niño genio que nos hizo beber la sopa invisible y que abrió nuestros ojos a conexiones insospechadas para que pudieran desde entonces ser reconocibles por todos?

Bibliografía

1. Roudinesco, Elisabeth, *Jacques Lacan. Esbozo de una vida, historia de un pensamiento*. Editorial Anagrama, 1995. Barcelona, España.
2. Bertín, Celia. *Marie Bonaparte. La discípula de Freud que exploró la sexualidad femenina*. Tusquets Editores, 2013. Barcelona, España.
3. <https://www.psicoactiva.com/biografias/jacques-lacan/>
4. <https://espaciopsicopatologico.files.wordpress.com/2017/02/jacques-marie-emile-lacan.pdf>
5. <https://www.jotdown.es/2021/04/jacques-lacan-un-trampantojo/>
6. https://raquelzdeg.tripod.com/es_xqlacan.htm
7. <https://dabriainsein.wordpress.com/2020/03/28/el-asno-podrido/>
8. <https://www.youtube.com/watch?v=IPMyn7ASpVs&t=1225s> Documental: *Jacques Lacan. Reinveintar el psicoanálisis*.



EL AGUA, un bien imprescindible

Leonardo Santelices

El agua es un bien imprescindible para la vida de muchos seres vivos en nuestro planeta y es muy abundante en la superficie de la Tierra; del orden del 70 % de ella está cubierta de agua. Aunque en menor cantidad, hay también agua en el aire en forma de vapor, en la humedad de la tierra y, de manera importante, en el agua subterránea.

El total de agua en nuestro planeta suma 1.386.000.000 de kilómetros cúbicos. En comparación con el volumen de la Tierra, es muy poco, apenas el 0,13 %. Eso la hace, además de importante, un bien precioso a escala planetaria.

Para nuestra vida, lo que necesitamos es el agua dulce, y ella constituye apenas el 2,53 % del agua total. El agua superficial, que es la que tenemos a nuestro alcance, es apenas el 0,3 % del agua existente en el planeta; la mayoría se encuentra en los casquetes polares y en el agua subterránea. Es muy importante su conservación, evitando polucionarla y no malgastarla.

El problema del agua no es un problema futuro, es un problema actual que se está cobrando la vida de muchas personas. Dice UNICEF:

La escasez de agua potable y de saneamiento es la causa principal de enfermedades en el mundo. En 2002, el 42 % de los hogares carecía de retretes y una de cada seis personas no tenía acceso a agua potable.

La mortandad en la población infantil es especialmente elevada. Unos 4500 niños y niñas mueren a diario por carecer de agua potable y de instalaciones básicas de saneamiento. Otros muchos padecen mala salud, su rendimiento se ha visto disminuido y han perdido la oportunidad de recibir una educación.

En el mundo mueren 466.078 personas anualmente por homicidios y 1.200.000 por accidentes de tránsito; sin duda, son cifras alarmantes y catastróficas. Existe una

percepción de ambas causas de muerte de personas como parte de la inseguridad ciudadana, y sus resultados aparecen a diario en los noticieros.

Sin embargo, la cifra mencionada por la UNICEF es que anualmente mueren 1.642.500 niños por escasez de agua potable e instalaciones básicas de saneamiento, y, sin embargo, no existe una percepción de esta catástrofe.

Todos podemos contribuir a mejorar esta situación en la medida en que no malgastemos el agua, sobre todo el agua potable, que es la que utilizamos en la mayoría de las ciudades.

En la actualidad, hay bastante trabajo en el diseño de grifería y sanitarios con el objeto de ahorrar agua, pero la relación siguiente se refiere a los aspectos más básicos que, aunque sencillos, es allí donde se produce un gran desperdicio.

- * Cierra el grifo mientras te cepillas los dientes o terminas de afeitarte.
- * Riega tus plantas por las mañanas o al atardecer para que no se evapore el agua.
- * Escoge plantas autóctonas para tu jardín o macetero; consumen menos que las plantas exóticas.
- * Cuando pongas la lavadora o el friegaplatos, espera a que esté completo.
- * Repara en seguida las averías que encuentres en tu hogar para evitar fugas de agua.
- * Hazte con un inodoro con cisterna de baja o de doble intensidad.
- * No utilices tu inodoro como papelería o cenicero; tendrás que tirar de la cadena sin necesidad.
- * Coloca difusores en tus grifos y el cabezal de la ducha para aprovechar mejor el agua.
- * Reutiliza el agua que usas para lavar alimentos para regar tus plantas.
- * Remoja las ollas y sartenes para ablandar la suciedad en vez de dejar correr el agua mientras frotas.

Evitar el desperdicio de agua no es solo una necesidad material, considerando sus efectos, es también un imperativo moral.

El tema del agua es uno de los problemas más complejos que afrontará la humanidad en las próximas décadas, por lo que es indispensable implementar acciones que permitan, entre otras cosas, recuperar el caudal de los ríos, evitar la erosión de sus cuencas y elevar la calidad de sus aguas.

Para conocer más sobre el funcionamiento y la importancia de los sistemas de recarga de las cuencas hidrográficas, hemos entrevistado al ingeniero Rafael Chambers Matamoros, quien cuenta en este momento con ochenta y tres años de edad. Es ingeniero agrónomo de profesión, con un postgrado en cuencas hidrográficas, y ha dedicado gran parte de su vida a actividades relacionadas con estos ámbitos. En los últimos años lo ha hecho como funcionario del Municipio de Quito, dirigiendo, entre otros, un programa de siembra de cerca de un millón de árboles en zonas aledañas a los ríos del Cantón y con la participación de alrededor de once mil estudiantes, para posteriormente hacerlo desde la asociación privada Guayllabamba Waterkeeper, donde actualmente es su director ejecutivo.

Por ello le hemos pedido que nos explique el funcionamiento de ciertos sistemas no convencionales que ha implementado para lograr un mejoramiento de las condiciones del agua de ríos y quebradas.

P: ¿Qué le llevó a preocuparse de los ríos y sus cuencas?

Cuando conocí que en estos últimos años se había producido una reducción alarmante de caudales en nuestros ríos y a sabiendas de que esto conlleva innumerables consecuencias para la vida del planeta en general, decidí orientar mi actividad profesional hacia el cuidado de las cuencas hidrográficas.

En ese momento inicié una investigación personal sobre los métodos existentes para recuperación de caudales, de tal modo de poder experimentar con ellos directamente en el terreno.

P: Entonces, ¿es posible recuperar o elevar el caudal de los ríos? ¿Cómo?

Definitivamente, sí, y dado que los ríos y quebradas se alimentan principalmente de aguas de lluvias, podemos, a través de pequeñas obras hidráulicas, lograr un mejor aprovechamiento de las mismas, obteniendo como resultado directo un aumento de caudales y la mejor calidad de ellas.

En términos generales, consiste en utilizar métodos de trabajo de pequeñas obras hidráulicas, realizadas especialmente sobre los cauces de quebradas y ríos con la intervención directa de trabajadores, para construir las obras y proteger estos cauces, disminuyendo progresivamente la contaminación, el arrastre de sedimentos y el control de la erosión, para lo cual se tienen tres mecanismos que pueden trabajar en esta dirección: 1) zanjas de infiltración, 2) diques de recarga y 3) diques de azolve.

P: ¿Qué se entiende por pequeñas obras hidráulicas?

Son obras de ingeniería hidráulica de bajo costo construidas con mano de obra no especializada, utilizando materiales de la zona y sin la presencia de maquinaria mayor.

En general, están hechas para regular caudales de pequeños ríos y quebradas, disminuir el efecto de las crecidas, evitar la erosión y mejorar la calidad del agua, así como para crear mejores reservas del líquido elemento.

P: ¿Qué son las zanjas de infiltración?

Son grupos de canales excavados en la parte superior del suelo de las márgenes de los ríos o quebradas, a los que se conforma a manera de graderíos que acompañan el curso de los cauces. Por lo general, se los construye de sección rectangular o trapezoidal, con una longitud individual entre seis y ocho metros, de unos 0,40 m de profundidad y 0,60 m de ancho, distanciados unos tres metros entre sí.

La tierra de la excavación se ubica sobre la parte delantera del canal y puede ser compactada con el envés de las palas o bien con un mazo. El espacio entre dichos grupos varía entre los diez y cincuenta metros, dependiendo de la inclinación del terreno. En poca pendiente, la distancia es menor, mientras que en pendientes fuertes la distancia aumenta.

En el margen superior de las zanjas conviene sembrar árboles nativos a unos tres metros del borde y utilizando un sistema al tresbolillo, es decir, triangulando los puntos de

siembra. Este mecanismo otorga la velocidad justa del flujo interno del agua y asegura la permeabilidad del subsuelo.

P: ¿Cómo funcionan las zanjas de infiltración?

Básicamente, las zanjas de infiltración funcionan como colectores de agua de lluvia, la cual se infiltra en la tierra y, semanas después, por capilaridad, es devuelta a los caudales de ríos o quebradas. De esta manera, se consigue que las lluvias, en lugar de que solo se escurran sobre el terreno, se adentren hacia las capas inferiores de las cuencas para humedecerlas y vivificarlas.

P: ¿Qué es un dique de recarga?

Son obras civiles menores que se construyen en forma de arco romano invertido en medio de los cauces de ríos o quebradas, permitiendo la formación río arriba de un pequeño reservorio y una cascada río abajo, que cae sobre un colchón de agua, evitando la erosión, pues deja correr el caudal sobrante.

Su estructura consiste básicamente en una canastilla de gaviones llena de piedras o rocas y cuyos espacios sobrantes son rellenados con ripio. Deben ser anclados en las dos orillas y en el fondo del cauce, incrustándose en las orillas 0,60 m, y en el fondo del cauce, 0,40 m. Es necesario reforzar las extremidades con ángulos de gaviones; sus extremos son más altos y van disminuyendo hacia el centro, donde se forma un chorro que cae sobre un colchón de agua infiltrada entre las piedras.

En las crecidas el agua, se desborda sobre toda la superficie del dique. La altura de un dique de recarga varía desde un metro a 2,5 metros; en este último caso, la base debe ser de tres metros, un segundo nivel de dos metros y el tercer nivel de 0,50 m.





El espaciamiento entre diques consecutivos se establece de acuerdo a la pendiente del cauce: si la zona es plana, la distancia debe estar entre diez y veinte metros; si la pendiente es pequeña, será de cinco a ocho metros; en cambio, si la pendiente es fuerte, será de tres a cinco metros.

P: ¿Cuál es el origen y la función de un dique de recarga?

La historia cuenta que los antiguos romanos, como buenos constructores que eran, colocaban grandes rocas en medio de los cauces de los ríos con el propósito de controlar derrubios y avalanchas. Desde entonces, con modificaciones, se las ha venido utilizando para diversos propósitos.

Este tipo de obras básicamente cumplen con tres funciones: 1) conformar pequeñas reservas del líquido vital; 2) oxigenar y filtrar el agua al retener desechos orgánicos, ramas, etc., cuyo material, al pudrirse, produce millones de bacterias que devoran los desperdicios; y 3) regular caudales.

Se usan para rehabilitar quebradas y pequeños ríos que se han secado durante dos o tres años.

P: ¿Qué es un dique de azolve?

Un dique de azolve es una obra relevante para el control de la erosión en el cauce de ríos y quebradas, pues retiene los sedimentos transportados por las aguas.

P: ¿Cómo se construyen?

La idea es lograr que se forme un dique para retener los sedimentos de un río o quebrada, para lo cual se empieza colocando en la sección del cauce postes verticales de madera, generalmente en un número de cuatro a cinco unidades y con una profundidad entre 0,50 y 0,60 m, distanciados un metro entre sí. Normalmente, son de pino o eucalipto y deben ser tratados previamente impregnándolos de asfalto o aceite quemado (en este último caso debe protegerse el extremo inferior del poste envolviéndolo con plástico negro para evitar su pudrición).

Una vez hincados los postes, se los recubre con tiras de caña guadua (también tratadas con asfalto o aceite quemado), las cuales se amarran horizontalmente con alambre y se las clava a los postes. Postes adicionales deben ser enterrados en las paredes laterales de la quebrada por lo menos tres metros a cada lado; en este caso, se recomienda que la altura útil sea mayor a 1,50 m, en consideración a la flexión de los postes.

Para disminuir las filtraciones se recomienda colocar en la parte posterior de los postes una barrera de sacos de malla de sombra y rellenos de tierra. El dissipador tiene una superficie de 1 m² y puede ser diseñado con madera de pino, eucalipto o caña guadua impregnada.

Los diques pueden ser simples o dobles dependiendo del caudal y la pendiente. A mayor inclinación, menor distancia entre diques, es decir, entre diez y quince metros, en tanto que para pendientes menores estaría entre los veinticinco y treinta metros.

P: ¿Cuál es la función de un dique de azolve?

Podríamos sintetizarla en cuatro aspectos básicos: 1) regular el flujo hídrico; 2) fijar el lecho de ríos y quebradas; 3) estabilizar las pendientes de tales lechos; y 4) permitir la plantación y siembra de vegetación en los bordes.

P: ¿Qué otro tipo de acciones son necesarias para preservar las cuencas de los ríos?

Lo que mejor podemos hacer en este sentido es trabajar en la protección y mantenimiento de bosques, así como en la siembra de árboles. Esto se debe a que un bosque es un medio estructurado mixto de árboles y diferentes especies que conviven en un ecosistema completo e integrado.

La incorporación de especies arbustivas mejora la protección del suelo, incrementa el tiempo de concentración de agua y reduce la formación de cursos externos, disminuyendo así las descargas máximas y aumentando las mínimas.

La intercepción y transpiración de las áreas boscosas evapora más agua que las superficies con menor vegetación, generando a su vez un ambiente ecológico con mejores condiciones para el desarrollo de la flora y la fauna en las zonas aledañas a los ríos.

GEOMETRÍA ASOMBROSA en los megalitos de Carnac



José Carlos Fernández

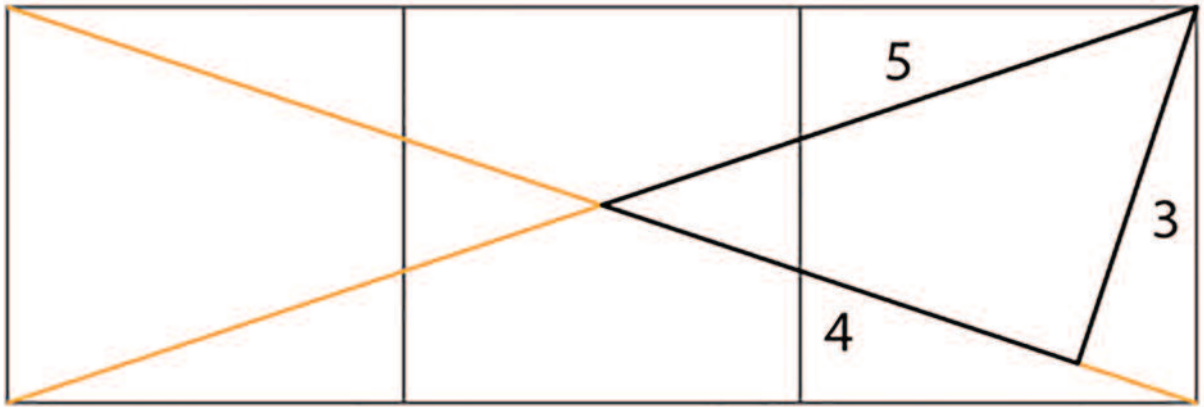
Howard Crowhurst, en una conferencia titulada «Carnac, France: A Key to Understanding Ancient Monuments», revela misterios geométricos que ha encontrando analizando las construcciones más antiguas que conocemos, generalmente atribuidas al Neolítico.

Esta conferencia es desarrollada en sus varios volúmenes de *La Science des Anciens* y, en general, demuestra que los emplazamientos escogidos para elevar estas construcciones se hallaban en una latitud en la que expresaban verdades geométricas fundamentales, en relación con los puntos cardinales (y, por tanto, salida del sol en el equinoccio de primavera y otoño) y con los solsticios (que, estos sí, dependen de la latitud: <https://www.youtube.com/watch?v=GPE6oFXIByo&feature=youtu.be>).

Por ejemplo, en dicha conferencia, explica cómo los alineamientos de Menec y Kermario están vinculados, con paralelas de una precisión de centésima de grado (!) a lo largo de 1.4 kilómetros (un hecho que hoy requeriría quizás teodolitos láser), de modo tal que se relaciona con los puntos cardinales y la salida del sol en el solsticio de invierno, y con unas piedras marcadoras que generan las diagonales de un doble cuadrado (26,5650 grados, la tangente inversa, pues, de $\frac{1}{2}$) y la diagonal de un triple cuadrado (18,434 grados, la tangente inversa de $\frac{1}{3}$), una proeza de tecnología antigua, dadas las distancias y la precisión.

Revela un hecho geométrico asombroso, al que los filósofos antiguos dieron una extrema importancia, hasta el punto de buscar lugares que permitiesen la revelación astronómica de tal misterio:

La diagonal de un triple cuadrado, raíz de 10, dando el valor unidad a cada cuadrado, genera el triángulo sagrado egipcio 3, 4 y 5.



Recordemos también que el triángulo 3, 4 y 5, que es pitagórico, o sea, un rectángulo de números enteros, era sagrado para los egipcios, pues es el primer triángulo pitagórico, y por estar implicados estos números tan importantes: asociaban a la diosa Isis al 4, Osiris al 3 y Horus al 5.

¿Y cómo lo genera? Como se puede ver en la imagen, las dos diagonales de un triple cuadrado se cruzan con el ángulo, único, de este triángulo sagrado 3, 4 y 5.

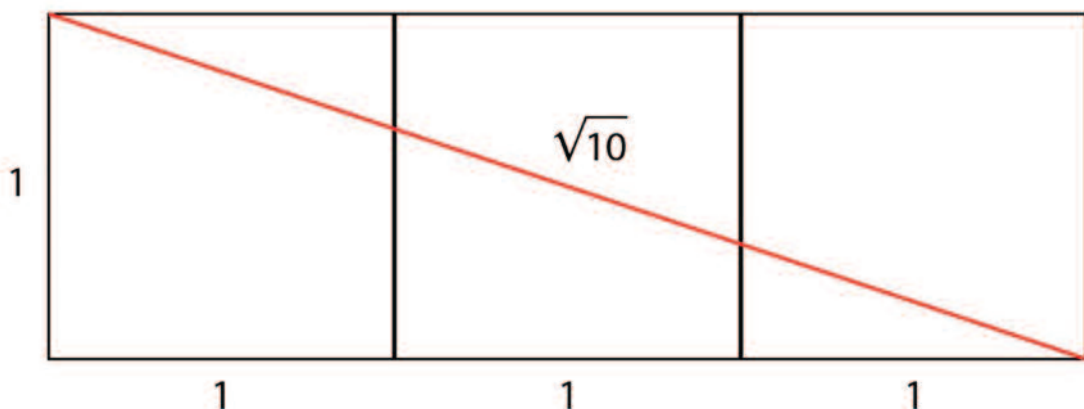
Esta relación es asombrosa, pues permite hacer nacer geoméricamente, del 1 (el cuadrado), y el 2 (los dos cuadrados), y el tres (tres cuadrados), y de su relación (en este caso la diagonal, raíz de 10, doble), el 3, el 4 y el 5. Pero en una dimensión diferente, pues las unidades de medida ahora del 3, 4 y 5 son diferentes de las del cuadrado.

Efectivamente, se puede verificar que $2 \times \text{tangente inversa de } 1/3$ (el ángulo de las diagonales cruzadas del doble triángulo) es igual a la tangente inversa de $3/4$ (el ángulo del triángulo sagrado egipcio).

La relación, o sea, la diferencia de sus ángulos, entre la diagonal del doble cuadrado y del triple cuadrado, genera la diagonal del séptuple cuadrado.

Pues en dichos alineamientos aparece, asimismo, y coincidente por el vértice, la diagonal de un doble cuadrado. Recordemos que esta diagonal, raíz de 5, es el «núcleo vivo», irracional, que permite la proporción de oro.

Diagonal del triple cuadrado



En efecto, la tangente inversa de $1/2$ menos la tangente inversa de $1/3$ es la tangente inversa de $1/7$, una fórmula de una belleza admirable. Así lo debieron pensar los matemáticos filosóficos del Neolítico, que hicieron esfuerzos prodigiosos para representarlo en sus construcciones monumentales.

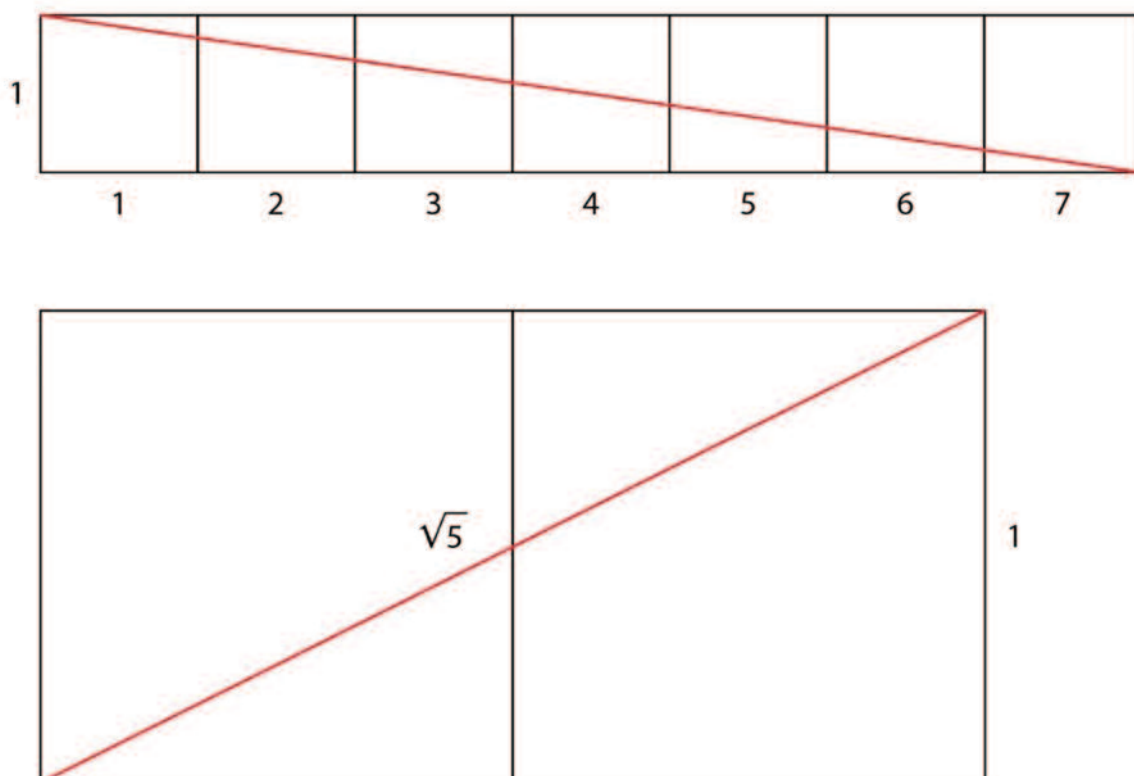
La diferencia entre la diagonal del doble cuadrado, roja, y la del triple cuadrado, naranja, la línea inferior, genera la diagonal del séptuple cuadrado.

Esta relación es, como la anterior, también asombrosa en la geometría sagrada, pues indica, si queremos, filosóficamente, que el 7 nace del tránsito del 2 al 3. O sea, que cuando el 2 se convierte en 3, ya está implícito el 7, lo que dicen todas las tradiciones teogónicas sagradas.

Howard Crowhurst dice que tardó dieciocho años de medidas en encontrar esta relación, y que ahora verifica que la misma, en particular, y este tipo de relaciones de diagonales de cuadrados unitarios, dobles, triples, etc., es fundamental y transversal a todas las más antiguas civilizaciones. Una ciencia, la misma, que indica un origen común, y una perspectiva común para darles tal importancia velada.

De nuevo la ciencia de lo que Schwaller de Lubicz llamaba de los Neters, los Dioses-Números, que en la geometría sagrada eran representados por las diagonales o hipotenusas de los triángulos pitagóricos, cada una con su ángulo exacto, expresando una función divina armonizadora de la realidad, vencedora del caos.

Diagonal del séptuple cuadrado y del doble cuadrado.





Reflexión sobre EL CRECIMIENTO Y EL DOLOR

Irene Risueño

Nunca nos preguntamos si al polluelo le duele romper la cáscara del huevo para nacer. No nos preguntamos si a la oruga le duele permanecer envuelta tanto tiempo en su fase de pupa, si le duele que le crezcan las alas o si le dolerá romper esa envoltura para poder salir volando, transformada en mariposa.

Recuerdo que, cuando era niña, de vez en cuando enfermaba, y mi madre me decía: «eso es otra crecidity; estás dando el estirón». Y, efectivamente, cuando pasaba la fiebre, me medía con una cinta métrica y mi cuerpo se había alargado unos pocos centímetros más.

Si a nuestro cuerpo le duele crecer, ¿por qué no debía dolerle a nuestra alma también?

El dolor y la conciencia

No nos gusta el dolor, pero por algo dijo Buda que era un vehículo de conciencia. Por las cosas que he podido vivir, es cierto. Muchas veces nos explican miles de conceptos: en el colegio aprendemos sobre historia, las religiones y filosofías del mundo nos enseñan sobre la identidad, el desapego, el karma... Pero a veces, hasta que no experimentamos una pérdida o un golpe de la vida, no *comprendemos*, no *aprehendemos*.

No es que el dolor traiga la sabiduría consigo; si fuera así de sencillo, todos los amargados serían sabios. Pero cuando tenemos la fortuna de conocer a un sabio —si es que la vida nos bendice con este regalo—, encontramos que son personas alegres. Pero ¿cómo?

Si descubrimos y comprendemos mediante el dolor, ¿no deberían ser los sabios las personas que más han sufrido?

Pues, en cierto modo, sí. Pero no es que regodearnos en el sufrimiento nos vaya a hacer entender los misterios de la vida; más bien, de lo que se trata es de descubrir la semilla de sabiduría que esconde cada suceso amargo de nuestra vida.

Reconocer las causas

Si aprendemos a discernir la causa de aquello que nos hizo daño, probablemente creceremos un poco. Nuestra alma dará ese «estirón» del que hablaba mi madre. Pero

también debemos saber que comprender no siempre nos quitará el dolor. No vamos a autoengañarnos, amigos: por ejemplo, darnos cuenta de que había una piel de plátano en el camino, y de que fue eso lo que nos hizo resbalar y caer al suelo, no impedirá que nos salga el moretón en la pierna; aunque, al menos, sí nos ayudará a prestar atención por dónde andamos la próxima vez.

Veámoslo de este modo: el ser humano promedio se quejará de su caída, pero no mirará atrás jamás para ver por qué tropezó. Algunas personas pueden que incluso tengan miedo de mirar, por si fue una *mano fantasmal* la que les hizo caer. Aquel que sea un poco avisado girará la cabeza, maldecirá la piel de plátano y seguirá su camino esquivando toda cáscara que encuentre por el suelo. El filósofo quizá se detenga a analizar la piel de plátano, y advertirá a sus colegas de ruta para que nadie vuelva a tropezar con la cáscara (logrando que no vuelva a caer quien consiga que le haga caso). Pero solo el sabio será lo suficientemente valiente y osado como para descubrir el desecho, reírse de lo pequeña que fue la causa que le hizo caer y llenarse de moretones, coger dichos restos y tirarlos a la basura.

Creo que aquí está la diferencia. El sabio no puede ahorrarse el dolor, pero sí creo que aprendió a reírse de este. No solo comprendió, sino que además hizo algo para no volver a caer por lo mismo.

Y no me malinterpreten; probablemente, incluso el sabio vuelva a tropezar... pero esta vez, al menos, ya no será por una piel de plátano.

Desdramatizar

Si todos nos tomáramos el tiempo y el atrevimiento de reírnos de nosotros mismos y analizar por qué los sucesos nos hacen sufrir, estoy segura de que la mayoría de veces descubriremos que la filosofía tenía mucha razón al decir que la causa del sufrimiento está en nuestra capacidad de sentirlo. Es como cuando alguien nos insulta: es conocimiento popular que «no ofende quien quiere, sino quien puede». Es decir, nadie nos ofenderá si nosotros no nos dejamos ofender por nadie; por mucho que me acusen de mentirosa, esto no me ofenderá si estoy plenamente segura de mi sinceridad.

El padecimiento ante las tragedias de la vida es una respuesta biológica que nos alerta de los cambios: El dolor que nos producen los cortes es un mensaje de nuestro cuerpo para que curemos esa herida y evitemos su infección o empeoramiento. El dolor (literalmente, *duelo*) ante la pérdida de un ser querido es una respuesta emocional que nos permite procesar los hechos y reajustar nuestros hábitos para la nueva vida.

¿Alguna vez nos hemos preguntado si al ave fénix del mito le dolían las quemaduras que le convertían en ceniza? Incluso aunque esta ave supiera que volvería a nacer, ¿acaso el fuego no ardería, no quemaría, no dolería?

Nosotros debemos intentar encontrar la verdad detrás del dolor; ¿qué me está queriendo decir mi cuerpo?, ¿qué enfermedad debo dejar que me convierta en cenizas?: ¿el apego a las cosas fugaces?, ¿el egoísmo?, ¿la ilusión de lo falso?, ¿la ignorancia?...

Si nos tomáramos las dificultades de la vida como notificaciones de nuestra alma, quizá seríamos un poco mejores, un poco más sabios. Cada discusión que tenemos con los compañeros del trabajo o con algún ser querido no es más que nuestro ego queriendo

ganar una disputa (la mayoría de las veces). Cada vez que me hundo en un sufrimiento o enfado desbocado porque he perdido mi trabajo o a mi pareja, es porque he olvidado que soy algo más que un empleado o que un amante. Cuando me enfado con el mundo y prefiero aislarme porque no vale la pena tener fe en la humanidad, muchas veces es porque me olvido de que yo mismo soy un ser humano y de que soy un ignorante de las leyes de la naturaleza y el sentido de la vida.

Autorresponsabilidad

Les propongo que reflexionen sobre cuántas veces en nuestra vida le echamos la culpa de nuestras caídas a unas manos hercúleas e imaginarias, por no atrevernos a admitir que la simple razón por la que tropezamos fue porque no estuvimos atentos a un detalle tan tonto como la piel de plátano. Sé que a veces es duro admitir que nos derrota algo tan pequeño, pero cuanto antes lo asumamos, antes haremos como el sabio que se ríe por lo tonto que fue y aleja toda impureza, limpiándola de su interior.

Perdamos el miedo al dolor. Ese miedo es solo una emoción más, como el asco o la alegría. El dolor es un mensajero, un silbido del teléfono, un mensaje escrito por nuestra alma. Y aunque en el momento molesta, una vez que se aplica la pomada, solo queda una bonita cicatriz que se convierte en aprendizaje, como los libros en una estantería.

El dolor es señal de que debemos realizar un cambio; en nuestros hábitos, en nuestra forma de pensar o en lo que sea. Si fingimos que el moretón no existe, seguiremos tropezando una y otra vez. Si decidimos ignorar la fuente del dolor, las heridas persistirán, se multiplicarán o se harán más profundas. Puede que parezca que lo más fácil es levantarse como si nada hubiera pasado, soltar alguna palabrota y seguir andando malhumoradamente. Pero ustedes y yo sabemos que tirar una piel de plátano a la basura no es tan complicado. Lo realmente difícil es atreverse a mirar qué fue lo que me hizo tropezar, pero de forma sincera. ¿Fue el dichoso plátano?, ¿o más bien fue mi mala costumbre de ensuciar las calles echando los restos del fruto al suelo?, ¿fue la mala suerte o mi falta de disciplina?

Seamos como ese polluelo que se atreve a romper la cáscara, como esa oruga que se atreve a volar y como ese sabio que mira al dolor a los ojos y se atreve a aprender de él.





ELEGANCIA Y ÉTICA según Ortega y Gasset

Esmeralda Merino

¿Qué tienen que ver la elegancia y la ética? Pues, según Ortega y Gasset, mucho, tanto que son lo mismo. ¿Cómo llega a esa conclusión? De la siguiente manera:

En el latín más antiguo, el acto de elegir se decía *elegancia*, como de instar se dice instancia. Recuérdese que el latino no pronunciaría *elegir* sino *eleguir*. Por lo demás, la forma más antigua no fue *eligo* sino *elego*, que dejó el participio presente *elegans*. Entiéndase el vocablo en todo su activo vigor verbal; el elegante es el «eligente», una de cuyas especies se nos manifiesta en el «inteligente». Conviene retrotraer aquella palabra a su sentido prócer, que es el originario. Entonces tendremos que, no siendo la famosa ética sino el arte de elegir bien nuestras acciones, eso, precisamente eso, es la elegancia. Ética y elegancia son sinónimos.

Poco se puede añadir a lo expresado de forma tan clara y redonda por don José.

La ética, la facultad de elegir o la inteligencia son todas ellas nociones que nos llevan a lo que es genuinamente humano. No es característico de la naturaleza vegetal, ni de los animales, por muy superiores y mamíferos que sean, ni de las galaxias del universo. Es lo propio, lo genuino, lo característico y lo «exclusivo» (con matices) del ser humano. Es lo que se manifiesta en mayor o menor grado en cada individuo, y constituye a la vez la meta que puede alcanzar un ser humano o a la que puede acercarse en la medida en que se cultive a sí mismo, es decir, su personalidad y su carácter, sus facultades manifiestas o latentes, lo que se ve por fuera y lo que se vive por dentro.

Tanto en su versión más material y mundana como en su sentido más profundo y escondido, he aquí la meta y el proceso evolutivo que incumbe al ser humano: aprender a elegir, desarrollar el discernimiento, utilizar correctamente su mente, ser inteligente, y hacerlo en todas sus manifestaciones con elegancia y ética.

En qué consiste elegir

Como explica Ortega,

la cosa es endemoniadamente paradójica pero, a la vez, sin remedio. Porque elegir es ejercitar la libertad, y resulta que eso —ser libres— tenemos que serlo a la fuerza. Es la única cosa para la cual el hombre no tiene últimamente libertad: para no ser libre.

Estas palabras nos recuerdan que la libertad es añorada muchas veces, pero ignorada casi siempre en su sentido último. Hagamos algo o decidamos no hacerlo, la elección es siempre nuestra. Así que, aunque busquemos cualquier excusa o no lleguemos a entender cómo es esto posible, lo cierto es que somos nosotros, cada uno, los que vamos construyendo —con cada acto o con cada ocasión en que nos negamos a actuar— el sendero por el que transitamos la vida. Esta vida.

En realidad, más que «ser» libres, «nos sentimos» libres en las cosas que verdaderamente importan. Algo dentro de nosotros nos susurra que, si lo *queremos* de verdad, *podremos*, aunque las circunstancias no sean favorables. El estoico Epicteto lo demostró hace muchos siglos. A pesar de ser esclavo en la Roma en que vivió, su espíritu libre descubrió y compartió interesantes criterios de actuación ante los avatares de la vida, sirviendo de orientación a humanos de cualquier tiempo y lugar a la hora de elegir las mejores opciones.

Una característica interesante que se da en el acto de elegir es que —como nos señala Ortega— los diferentes proyectos o posibilidades de acción de cada situación no son casi nunca equivalentes, sino que, al reflexionar sobre ellos, se ordenan de forma natural según una jerarquía precisa, colocándose en la cúspide el que para nosotros tiene más sentido y, por tanto, el que debería ser elegido. Si no fuera así y todas las posibilidades de hacer algo fueran igualmente apropiadas, no se podría decir que elegimos, sino que escogeríamos al azar una opción con un resultado aleatorio.

Elegir es hacer uso de la cualidad del discernimiento, una virtud —como todas— que se pule y se vuelve poderosa en la medida en que se ejercita. Consiste en preferir entre varias posibilidades la que consideramos más apropiada, sea en pensamiento, palabra o acción. Dado que cada situación, ineludiblemente, requiere una respuesta de nuestra conducta —tácita o expresa, grande o pequeña, de hacer o de no hacer—, he aquí la gran relevancia que supone elegir y, sobre todo, elegir bien, pues paso a paso, vamos dibujando el camino hacia una determinada dirección. De ahí la importancia de colocar bien nuestras prioridades en la vida y saber distinguir cuándo elegimos «porque me gusta» y cuándo lo hacemos «porque debo», cuándo es para conseguir una meta material y cuándo es para dar cabida a nuestros anhelos espirituales.

Podríamos añadir, por tanto, que, para saber elegir y poder hacerlo, hacen falta dos ingredientes: a) el suficiente conocimiento como para distinguir las posibilidades en juego (no podemos llamar elección a escoger entre el contenido de dos cajas cerradas); y b) aplicar la voluntad en asumir una decisión con sus consecuencias (no es suficiente preferir una de las opciones; hay que querer dar el paso de elegirla). Cuando entre varias posibilidades que se nos ofrecen dudamos sinceramente porque no conseguimos valorar cuál es la mejor, el hecho de elegir una de ellas nos permitirá aprender de sus resultados y habremos adquirido una experiencia muy útil para futuras decisiones.

Hemos tenido en cuenta, de este modo, algunos conceptos filosóficos que siempre preocuparon al espíritu humano, como el libre albedrío, la cuestión de si lo que nos sucede en la vida queda fuera de nuestro alcance o podemos participar activamente en la modificación de nuestras circunstancias, y cuál es nuestro papel, protagonista o secundario, en la consecución de metas a lo largo de nuestro trayecto vital.

Dice Ortega:

El presente en que se resume y condensa el pasado individual y el histórico es, pues, la porción de fatalidad que interviene en nuestra vida y, en este sentido, tiene esta siempre una dimensión fatal, y por eso es un *haber caído en una trampa*. Solo que esta trampa no ahoga, deja un margen de decisión a la vida y permite siempre que, de la situación impuesta, del destino, demos una solución elegante y nos forjemos una vida bella.

Los antiguos de Oriente manejaban un concepto interesante al respecto. Ellos hablaban de un Dharma universal, una ley natural que obliga a todos los seres, y que podríamos imaginar como un ancho camino cuyos bordes elásticos devuelven al centro a aquel que intenta salirse de sus límites. El caminante es libre de avanzar más deprisa o más despacio e incluso de pararse a meditar. Cuando se provocaba una reacción de los bordes del camino de la vida —reacción que llamaban Karma—, esta sucedía de modo justo, automático, extrahumano y proporcional al movimiento realizado: si se embestían los bordes hacia el exterior, el rebote tenía mayor fuerza que si solamente se tropezaban los márgenes suavemente. Por lo tanto, las decisiones siempre tenían consecuencias, y nunca eran favorables cuando se infringía la ley natural.

Responsabilidad

Volviendo a Ortega,

elegir supone tener a la vista los diversos naipes que es posible jugar: el óptimo, el simplemente bueno, el que no vale la pena y el que es franco contrasentido. Ciertamente, somos libres para preferir este último, aun a sabiendas de que no es preferible, pero no podemos hacerlo impunemente. La acción insensata o que tiene sentido deficiente, una vez elegida, va a llenar un pedazo incanjeable de nuestro tiempo vital, va a convertirse, por tanto, en trozo de nuestra realidad, de nuestro ser. El albedrío nos ha jugado, pues, una mala pasada.

Tener libre albedrío, libertad para elegir, constituye una preciada atribución del ser humano. Sin embargo, no podemos eludir la parte onerosa del regalo: somos responsables de todo lo que hacemos, decimos y pensamos y también de lo que omitimos en pensamiento, palabra y obra. Decía Ortega y Gasset que las pesadumbres —en plural— se originan en una única gran pesadumbre: la responsabilidad, pues somos responsables no ante un tribunal de este o del otro mundo, sino ante nosotros mismos. Hemos de saber justificar ante nuestro entendimiento lo que hemos preferido, la acción o conducta que hemos escogido de entre las que eran posibles y los motivos que la avalan. Como dice Ortega, «los crímenes íntimos se caracterizan porque el hombre se siente de ellos, a la vez, autor, víctima y juez». La humana criatura —como nos llama el filósofo— no puede librarse aunque quiera de la carga de sostener con cada minuto, decisión a decisión, el edificio de su vida sin poder descargarlo sobre otros.

La parte positiva es que siempre tenemos la posibilidad de enmendar el rumbo si así nos lo sugiere nuestra experiencia y realmente queremos hacerlo. Somos, por tanto, artífices y responsables a la vez de los grandes hitos que marcan nuestra existencia, provocando y asumiendo (voluntariamente o a la fuerza) las consecuencias de nuestras acciones.

Nos recuerda Ortega que, ya que estamos abocados a elegir, depende de nosotros hacer las cosas de un modo mejor o de un modo peor, y que nos engañamos si creemos que el drama de las decisiones solo se da en los grandes conflictos de nuestra vida. Una palabra se puede pronunciar mejor o peor y un gesto puede ser más grácil o más tosco. «Entre las muchas cosas que en cada caso se pueden hacer, hay siempre una que es la que hay que hacer». Para ello es preciso percibir la diferencia de rango y calidad entre las acciones posibles. Ortega declara que esto no está al alcance de todos en la misma medida, pues no somos todos iguales ni utilizamos las mismas herramientas, y hay quien no entiende de conductas como no entiende de cuadros.

Por eso tienen tan poca gracia y es tan triste, tan desértico el trato con ellos. Esa ceguera moral de la mayoría es el lastre máximo que arrastra en su ruta la humanidad y hace que los molinos de la historia vayan moliendo con tanta lentitud.

También para esto las filosofías antiguas ofrecían un argumento. No somos todos iguales porque no partimos todos con las mismas características ni del mismo punto del camino. O mejor dicho, no vemos el inicio del camino ni la meta final, porque solo tenemos acceso al tramo que nos toca recorrer en nuestra vida actual, pero cada tramo es una etapa en la que recogemos aquello que hemos sembrado anteriormente aunque no lo recordemos y en la que experimentamos aquello que necesitamos para nuestra evolución como seres humanos. La vida en su totalidad sería, pues, como una escuela, y lo que nosotros concebimos como nuestra vida actual sería un curso, una etapa de aprendizaje, lo cual explicaría las enormes desigualdades de inicio que se dan en la vida de las personas en cuanto a capacidades físicas, psicológicas o mentales, y en lo referente a las circunstancias en las que uno nace.



La elegancia

Dice Ortega y Gasset que los demagogos han sido los destructores de todas las civilizaciones y los grandes fabricantes de barbarie. Por eso propone acceder a la ética quitándole su aire solemne, denominándola *elegancia de la conducta o arte de preferir lo preferible*.

La elegancia, lejos de ser algo superficial, es un ingrediente y, a la vez, un síntoma «de toda vida auténticamente enérgica». La vida es energía y, en su sentido auténtico, es la expresión de esa energía en versiones depuradas. Así que Ortega está colocando la elegancia como un valor estructural, a través del cual aflora a la vista —en distintos niveles— la conducta teñida de tonos elegantes. Es decir, la elegancia es la manifestación de una actitud vital poderosa, decidida y eficaz, que debe inspirar y penetrar los gestos, los modos de andar, de vestirse, de usar el lenguaje, de llevar una conversación, de sentir y de pensar.

Para Ortega, la elegancia es una virtud privativa de la vida plenamente humana, que apareció cuando el ser humano se vio en la disyuntiva de elegir entre los propósitos que derivaban de sus instintos y los que provenían de su mente, ambos completamente distintos en cuanto a fines. Este último camino es el que convierte al hombre en *elegans* o elegante, que no es más que el que elige y elige bien. Ese tener que elegir transforma al humano en un ser más libre, pues la libertad —según sugiere Ortega y Gasset— se va construyendo en la medida en que se va eligiendo bien, y esta continuada labor de elegir bien convierte al hombre en «inteligente» (o *bien-eligente*). Aquí se esconde su más alto privilegio.

Cuenta Ortega cómo la elegancia, de modo inadvertido, impregna zonas profundas de nuestra vida.



La elegancia es una sutil calidad, gracia, virtud o valor que puede residir en cosas de la más variada condición».

Y pone algunos ejemplos. En la matemática hay soluciones elegantes; y en la literatura, elegantes expresiones. Pueden ser elegantes ciertos utensilios, la fachada de un edificio, el perfil de una serranía o la planta de un caballo. El hombre puede poseer la elegancia en la figura de su cuerpo, pero también en su alma o modo de ser. Hay gestos elegantes y hay acciones que lo son, puesto que, según Ortega y Gasset, existe una elegancia moral que no es igual a la simple bondad. Y también hay sentimientos elegantes y pensamientos elegantes.

Ortega ilustra la elegancia como potencia esencial del hombre con el caso de la demostración matemática. Se dice que una demostración es elegante cuando se consigue probar un teorema con el menor número de ideas intermediarias. La elegancia matemática consistiría en hallar la línea intelectual más corta entre un teorema y su demostración.

Lejos de implicar esto una capacidad intelectual reducida por buscar lo breve, la prueba elegante es la manifestación —en palabras de Ortega— de un intelecto rebosante y elástico, que supera la dosis exigida, un hijo de la mente. La elegancia reside en la expresión sobria de una lujosa y exuberante capacidad que la matemática no necesita. Donde se elimina lo sobrante, hay elegancia.

Extrapolando este criterio a otros ámbitos, dice Ortega que se debe aspirar a obtener un logro máximo con un mínimo de medios no solo en matemáticas, sino también en indumentaria, en guerra, en política o en arte. Y yendo más lejos,

si la vida y la cultura misma no han de quedar estranguladas, es preciso que sobrevengan épocas que poden todas las excrecencias y prefieran quedarse solo con lo sustancioso y eficiente.

Recapitulando lo que se refiere a la elegancia de la conducta diaria,

se trata de evitar el capricho. El capricho es hacer cualquier cosa entre las muchas que se pueden hacer. A él se opone el acto y hábito de *elegir* —entre las muchas cosas que se pueden hacer— precisamente aquella que reclama ser hecha. A ese acto y hábito del recto elegir llamaban los latinos primero *eligentia* y luego *elegantia*. Es, tal vez, de este vocablo del que viene nuestra palabra *int-eligencia*. De todas suertes, *elegancia* debería ser el nombre que diéramos a lo que torpemente llamamos *ética*, ya que es esta el arte de elegir la mejor conducta, la ciencia del quehacer. Elegante es el hombre que ni hace ni dice cualquier cosa, sino que hace lo que hay que hacer y dice lo que hay que decir.

Para Ortega y Gasset, la elegancia es una faceta esencial de la especie humana, como la verdad, la belleza o la justicia. La elegancia es la sobriedad en la plenitud y está estrechamente ligada a la capacidad de elegir la propia conducta en cada paso de la existencia; algo esencial si consideramos que «la vida tiene la elegancia de ser fungible, es decir, que desaparece conforme va siendo».

Bibliografía

José Ortega y Gasset. *Obras completas*. Revista de Occidente.

